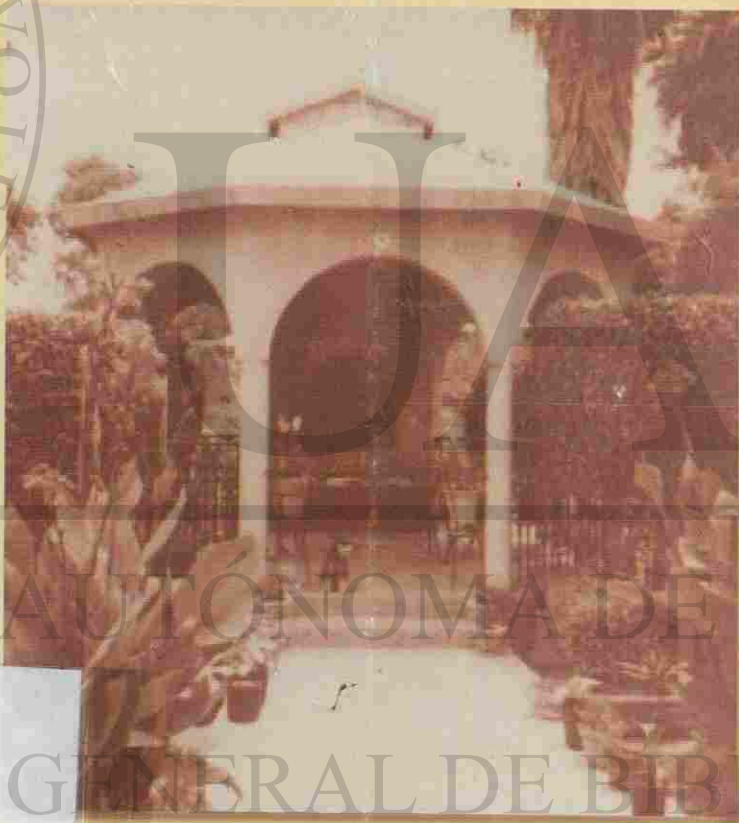


CUENTOS PARA APRENDER
Y VIVIR

Gerardo G. Leal Leal



298

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
PREPARATORIA No. 21

PQ7298

.22

.E3

C8

2004

c.1

976971

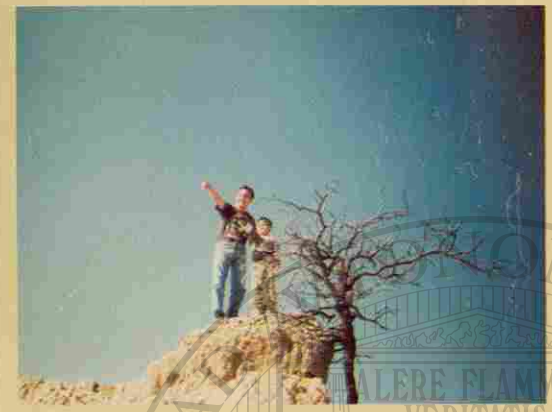


Foto: Gerardo G. Leal Leal y Benito Alexis González González, *Mirando al futuro.*

Gerardo Guadalupe Leal Leal (China, Nuevo León, 29 de abril de 1962-2 de julio de 1998). El autor de esta obra artística se destacó siempre como un ser humano íntegro; excelente estudiante, maestro y escritor. Fue profesor por la Escuela Normal "Miguel F. Martínez", Centenaria y Benemérita y Licenciado por la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Siendo muy joven, este escritor participó como miembro fundador e integrante de los talleres literarios: Norma letra, Fragua y de la Universidad de Monterrey. En 1986, obtuvo mención honorífica del premio "Simón Salazar Mora" de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL por la serie de poemas *Titirimundi*.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

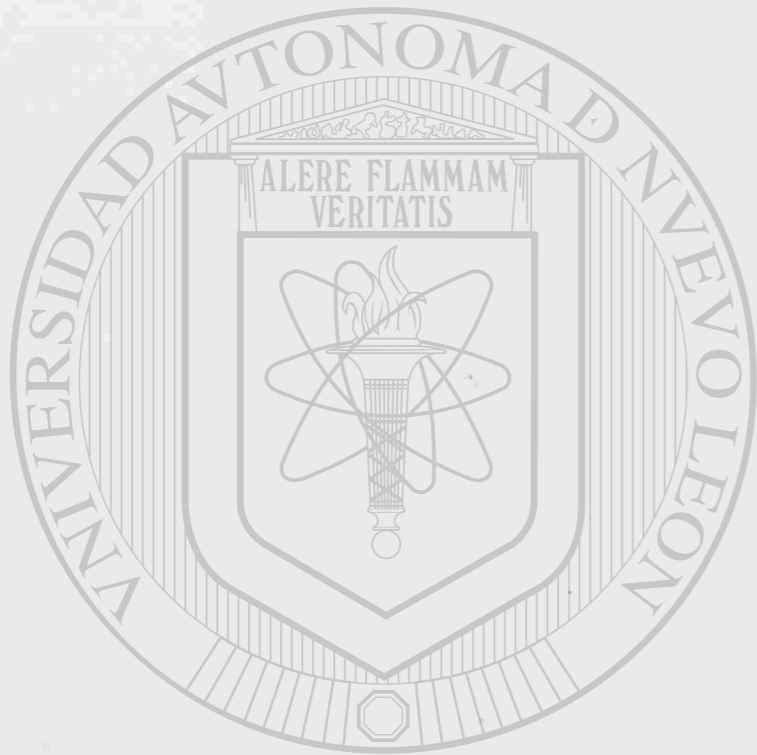
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





1080114601

976971



UANLE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Foto:

Gerar

Nuevo

de 19

se des

integr

escri

Norm

y Ben

de Ci

Unive

Siend

como

los ta

y de

1986

pre

Facu

por



U A N L

CUENTOS PARA APRENDER
Y VIVIR

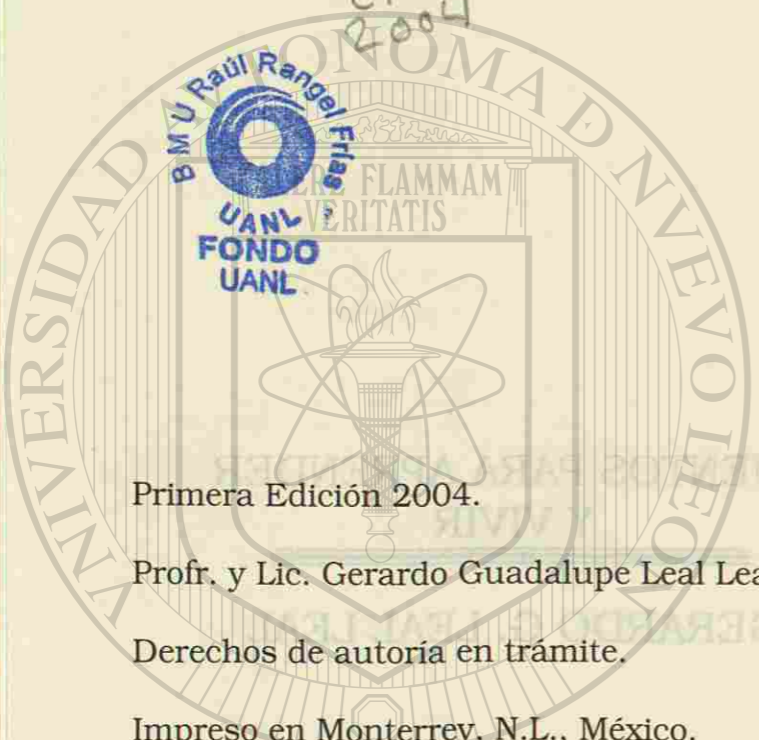
GERARDO G. LEAL LEAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



P 97298
22
E3
C4
2004



Primera Edición 2004.

Profr. y Lic. Gerardo Guadalupe Leal Leal.

Derechos de autoría en trámite.

Impreso en Monterrey, N.L., México.
Printed in Monterrey, N.L., México.

Ing. Arturo Esparza Morales
Jefe del Depto. de Imprenta Universitaria de la U.A.N.L.

Portada: Yolanda M. Moreno Espinoza
Juana Esther Leal Leal.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Presentación.....	v
Notas de comprensión	vii
Divino instinto animal	15
El mayor tesoro	21
Corriendo la persiana	45
Cirros istmeños	49
Otro autogol	53
Nacer entre niebla	57
Nubes por disipar	61
La conquista del humo	65
Algo me quería contar.....	69
El débil sol de marzo	73
El último refugio.....	77
La visita	81
Para olvidar	85
Celebrando la vida.....	89
Por la pendiente del hambre	93
Salir del túnel.....	97
Café a destiempo	101
Aguas con las sodas	105
Reciclando la vida.....	109
Los lentes mágicos.....	113
Los problemas de Cinthia	117
Un lugar para el desencanto	123



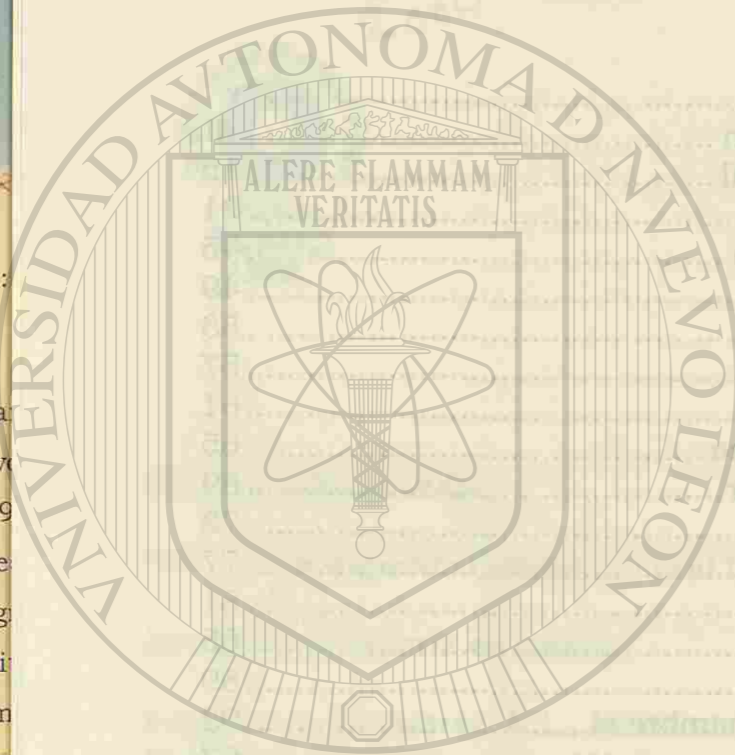
PRESENTACIÓN

Entre múltiples funciones que la Universidad Autónoma de Nuevo León cumple dentro de la sociedad, destaca el desarrollo y la difusión del arte y la cultura.

Es por eso que la Dirección de la Escuela Preparatoria No. 21 durante sus veinte años de existencia, se ha preocupado por impulsar, motivar y dar a conocer los valores artísticos y culturales de la región noreste de nuestro Estado.

La edición de este tercer libro de Gerardo Leal (China, N.L., 1962 - 1998) se enmarca dentro de las celebraciones del Vigésimo Aniversario de nuestra institución y viene a completar a los libros de poemas *No moriré del todo* y *Titirimudi* publicados anteriormente por nuestra Escuela.

De esta manera la Preparatoria No. 21 de la UANL continúa difundiendo la obra de Gerardo Leal y, a la vez, intenta despertar el interés por la lectura en las nuevas generaciones de universitarios y de la sociedad en general.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sirva pues el presente texto como un motivo de celebración por nuestro 20 Aniversario, así como una ocasión para externar nuestro agradecimiento a nuestras máximas autoridades universitarias.

- Ing. José Antonio González Treviño
Rector de la UANL.
- Dr. Jesús Ancer Rodríguez
Secretario General de la UANL.
- Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico de la UANL.

ATENTAMENTE

MC. JESÚS TIJERINA SALINAS
Director de la Preparatoria No. 21 de la UANL.

**Notas de comprensión para acercarse al libro:
Cuentos para aprender y vivir de Gerardo Leal.**

El propósito principal de las siguientes líneas es presentar información significativa sobre la obra personal y escrita del autor de este trabajo literario y la presente edición de esta colección de cuentos. Para dar inicio, es importante mencionar que Gerardo Leal (1962-1998) se destacó siempre como un ser humano íntegro: excelente estudiante, maestro y escritor. Fue profesor por la Escuela Normal "Miguel F. Martínez", Centenaria y Benemérita y licenciado por la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Siendo muy joven, este escritor participó como miembro fundador e integrante de los talleres literarios: Normaleta, Fragua y de la Universidad de Monterrey. En 1986, obtuvo mención honorífica del premio "Simón Salazar Mora" de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL por la serie de poemas *Titirimundi*. También fue premiado en el certamen "Magisterio en el Arte", promovido por la Secretaría de Educación de Nuevo León.

Además se desempeñó como un entusiasta y convencido maestro de actividades culturales del Programa PACAEP de la Secretaría de Educación Pública y colaboró en el desarrollo de software educativo del Programa de Informática Educativa Nuevo León. Una calle de China, Nuevo León lleva su nombre y dos escuelas primarias de Monterrey hicieron lo propio para reconocer su vocación docente.

Su obra literaria ha sido publicada en diferentes periódicos, revistas y antologías. Su primer libro póstumo, *No moriré del todo*, selección de poemas 1979-1985, fue publicado por la Escuela Normal "Miguel F. Martínez" y posteriormente se hizo una edición especial por parte de UANL, a través de la Preparatoria 21. *Titirimundi*, segundo libro de poemas, también fue editado por la misma institución de educación media superior. La presente edición pretende continuar la tarea de preservar las aportaciones de este talentoso escritor y, de esta manera, promover el rescate de los valores de la cultura regional del noreste mexicano.

Cuentos para aprender y vivir es una colección de 22 textos que fueron escritos entre 1982 y 1997. El primer cuento, *Divino instinto animal* fue publicado en una antología del Taller Literario Normaetra de la Escuela Normal "Miguel F. Martínez". *El mayor tesoro* formó parte del libro *Textos para un reencuentro* que fue editado en la conmemoración del 125 Aniversario de la Centenaria y Benemérita institución formadora de docentes de Nuevo León.

Gerardo Leal colaboró como investigador y escritor en el desarrollo del software educativo *Historias sobre adicciones* elaborado por el Programa de Informática Educativa Nuevo León en 1996. En esta publicación se presentan 17 cuentos relacionados con el tema de adicciones, dirigidos especialmente para adolescentes y jóvenes mexicanos. *Corriendo la persiana*, *Cirros istmeños* y *Otro autogol* tratan problemas relacionados con las bebidas alcohólicas. *Nacer entre nieblas*, *Nubes por disipar*, y *La conquista del humo* aborda la problemática del tabaquismo. ®

Los inhalantes son tratados en los cuentos: *Algo me tenía que contar* y *El débil sol de marzo*. El uso de la marihuana se presenta en *El último refugio*, *La visita* y *Para olvidar*. *Celebrando la vida* está vinculado con la utilización de la cocaína. *Por la pendiente del hambre* y *Salir del túnel* se refieren al abuso de anfetaminas y barbitúricos. *Café a destiempo* y *Aguas con las sodas* son dos historias que no formaron parte del software educativo mencionado pero que el autor decidió escribir para dar a conocer situaciones derivadas por el consumo de cafeína. *Reciclando la vida* fue una diversión extra, donde el escritor juega con las adicciones y cuenta con sus compañeros de trabajo como personajes del relato.

Los lentes mágicos y *Los problemas de Cinthia* son textos pedagógicos que fueron encargados al autor para utilizarse en cursos de capacitación para maestros sobre estrategias didácticas en la enseñanza de las matemáticas. El último de esta serie de cuentos, *Un lugar para el desencanto*, es probablemente uno de los escritos realizado meses antes de su fatal accidente, posiblemente redactado en 1997.

Cabe mencionar que el autor de esta colección de cuentos, como escritor prolífico, logró seducir al lenguaje, desde las rimas más sencillas hasta el soneto; desde la inquietante poesía hasta la más limpia de las prosas. El lector de este libro se encuentra frente a un escritor que como: James Joyce, Michael Ende, Virginia Wolf o Marguerite Yourcenar incursionan en el relato como una forma para asomarse a las interioridades, ficticias o reales, del ser humano. En la tradición más latinoamericana de Juan Rulfo y Augusto Monterroso, encuentra la brevedad en el decir y la profundidad en la comprensión de lo expresado.

La transición entre la poesía, a través del cuento, dirigida hacia la narrativa y, enfocada particularmente al teatro puede encontrarse en una lectura minuciosa de esta colección de cuentos. La pasión de Gerardo Leal, como se puede constatar mediante el análisis de esta selección de textos y los comentarios de los expertos que conocen su obra: entre ellos, Carmen Alardín y Santos Garza, estaba inclinada hacia la incursión en el teatro. Existe una farsa inédita que valdría la pena publicarla.

Gerardo Leal definía su inquietud literaria de la siguiente manera: “Es así como escribo, para alumbrar caminos y encender los mares y los cielos de la realidad y la ficción; pero, ante todo, para trasmitirle, lector lo que yo siento”. Las aportaciones literarias y la calidad de vida de Gerardo Leal deben servir para impulsar a los niños, jóvenes, adultos y ancianos: estudiantes, escritores, buscadores del ensueño y de la inspiración para expresar sus ideas y ser portadores del cambio y el mejoramiento de la sociedad en que se habita.

En el contexto de un predominante malestar en la cultura y la civilización del Siglo XXI, esta colección de cuentos se inscribe como una propuesta de cuestionamientos personales y colectivos, plena en valores literarios y pedagógicos que invitan hacia una reflexión profunda. En todos los textos de esta edición se puede: describir, explicar y comprender los componentes que construyen la condición humana.

La alineación, la enajenación y otras formas en que actúan las representaciones sociales son elementos que se ponen de manifiesto para continuar con la lucha individual y social que se requiere librar frente a los procesos de globalización que afectan al mundo entero y el contexto local que se vive en la actualidad.

Con esta publicación, el compromiso moral de quienes valoran la aportación artística de este autor, se mantiene presente: continuar difundiendo su obra. La apuesta de este trabajo editorial es que existan lectores pensantes que logren entrar al submundo de la construcción de ilusiones, mediante la comprensión de los cuentos para aspirar a transformar la realidad y que esta experiencia se pueda compartir con los semejantes. *Cuentos para aprender y vivir* resulta ser un pretexto para acercarse al trabajo literario de un eterno joven escritor; y, de esta manera, poder aproximarnos un poco, hacia cada uno de Nosotros. ®

Juan Sánchez García

DIVINO INSTINTO ANIMAL

El patio de mi casa es como muchos otros patios de provincia, pero encierra para mí un encanto diferente. Es amplio y está rodeado de una barda alta, muy alta. Entre sus maravillas tiene un imponente nogal, un aljibe, dos lavaderos de piedra; un cuarto de madera lleno de triques, rodeado de lajas, tierra y nueces; tres pilas, y, además, una graciosa banquetita en forma de cruz que durante muchos años fue jardín y rincón preferido de mi abuela. Además dan fruto los naranjos, las moras y los limoneros; sombra los fresnos, el huizache, la coma y el olivo; y adorno el zuche, la capa de rey y las enredaderas. Si echo un vistazo al pasado, recuerdo que hubo papayos, durazneros, granados, lirios, claveles y hasta cacahuates; una hermosa jacaranda que cuando echaba flores me encantaba —era mi árbol favorito—, dos majestuosos sauces, una higuera, una parra, un canelón, un platanero y varios aguacates. Tan exuberante fue en un tiempo que unos parientes lejanos lo llamaron “la selva” y una monja lo nombró “pequeño paraíso terrenal”.

A veces le brotaban hierbas malas como el quelite, pero en otras ocasiones lo vestía una alfombra de zacate, hoy ni lo uno ni lo otro.

En cuanto a animales, actualmente lo alegran tres caninos: un pekinés, un sabueso y un chihuahua, pero han pasado por él más de diez razas, amén de otros animales domésticos que vivieron en corrales: un becerro, un venado, borregos, chivas, cerdos, gallinas, patos, pavos y conejos, esos adorables conejos que fueron mi delirio a mis once años, y gatos también. Además hubo distinguidos visitantes; las abejas que nos brindaron miel por mucho tiempo; las caracolas que anunciaban torrenciales lluvias; las tortugas, víboras, sapos, ranas, mariposas y otros bichos. Hoy sólo lo visitan carpinteros, gorriones, codornices y una exagerada cantidad de urracas.

Sin embargo, siempre han estado allí, en mi hermoso patio, unos animalitos singulares: las hormigas, y de varias razas. Con las que yo jugaba eran unas hormigas grandes, de color negro, que vivían en un ingenioso hormiguero.

Sí, de niño yo pasaba horas observándolas, entreteniéndome con ellas al hacerles travesuras; les tapaba y les destapaba la entrada; les quitaba la minúscula carga; las hacía pelear -contadas veces-; les echaba agua; las alejaba de su guarida, a ver si se perdían; y tantas otras cosas más, que a veces se enojaban.

Pasó el tiempo, dejé de frecuentar el hormiguero, hasta que, hace apenas unos días, sucedió un hecho sin precedente. El patio de mi casa había sido motivo de muchas historias, anécdotas, juegos de infancia, reuniones familiares, acontecimientos gratos y sucesos raros, pero lo que pasó en aquellos días fue inimaginable y hasta cierto punto, conmovedor. Yo ya tenía diecinueve años y me seguía adentrando en mi patio, pero ya no para jugar, sino para inspirarme, para pensar y recrearme en ese encanto eterno. Y una tarde se me ocurrió visitar el hormiguero, corrí hacia él y ahí las encontré, alocadas, trabajando por sobrevivir, pues eran tantas. Me quedé extasiado y en ese momento recordé mis travesuras infantiles. De pronto, no sé que extraña y disparatada idea me invadió, que tomé una piedra cercana y la coloqué sobre la entrada.

La piedra era plana, casi redonda, con un diámetro superior a los diez centímetros. Las hormigas que se quedaron afuera se extrañaron y comenzaron a rodear la piedra, a treparse sobre ella y a moverse apresuradas en todas direcciones sin saber qué hacer, y las de adentro, no sé qué suerte enfrentarían. Por mi parte, yo me retiré y entré a la casa, pensando en regresar para quitar la piedra.

Encendí el televisor y ya no supe más. Por la ventana observé que los árboles eran despeinados por el viento y sentí frescura, luego, olor a humedad. Me pareció raro y abrí la puerta, estaba nublado, comenzó a llover. Voló el tiempo y casi anochece, la lluvia tornóse en aguacero. Al día siguiente la lluvia continuó y recibí una invitación para pasar el fin de semana en una ciudad un tanto cerca de mi pueblo. No recordé a las hormigas.

El sábado fue húmedo, pero el domingo amaneció dorado y fue entonces, justo cuando regresaba a mi casa, que recordé al hormiguero. Primero un temor, luego un remordimiento me sobresaltaron. ¿Cómo fui capaz de convertirme en autor de una masacre insecticida? Y por si fuera poco, un aguacero acentuó la fechoría.

El sol brillaba. Al llegar a mi casa, lo primero que hice fue correr al patio, estaba casi inundado. Tuve que quitarme los zapatos y subir mi pantalón a las rodillas para poder cruzarlo. ¿Por qué acudía si todo estaba ya consumado? Obedecía a un impulso extraordinario el querer saber lo que pasó con las hormigas. Ya estaba cerca, cuando ví la piedra sobre el pequeño promontorio estratégica vivienda rodeado de agua. Y me detuve, la sorpresa fue mayúscula al ver que había hormigas. Sí, ¡ahí estaban!, recogiendo briznas y ramitas, parecían limpiar su patio, que sólo era un fragmento del mío. Entonces, me acerqué y lo demás apenas puede ser descrito: en una orilla de la ovoide piedra, pude observar un agujero, era una puerta nueva por donde entraban y salían las obreras.

Reflexioné, me dije que el instinto animal era supremo, loable y admirable. Después pensé que era la lucha de supervivencia y que el deseo de una sociedad por lograr una meta jamás sería frustrado por algún obstáculo, por grande que fuera. Recordé que un pueblo unido jamás será vencido.

Ante tal espectáculo, suspiré y miré hacia el cielo, otra nueva maravilla descubrí: una enorme nube blanca tenía la misma forma de la piedra y alrededor de ella, pequeñas nubecillas a las hormigas copiaban. Parecía que el cielo retrataba el hecho para guardarlo después en el archivo de los milagros naturales. Todo esto me habló de un poder divino transmitido a los seres de la Tierra para ser mejores, iguales e invencibles. El sol me salpicó de luz y una pregunta quedó en el aire suspendida: ¿por qué las humanas sociedades no aprovechan el divino instinto que gobierna a plantas y animales?

EL MAYOR TESORO

Ahora que su esposo había muerto, Esthela sentía que se le encogía el corazón, como se encoge un resorte cuando recibe el peso de un objeto. Parecía que le faltaba el aire y que no podía ordenar el carrusel de pensamientos que pasaba por su mente.

Era injusto, pensaba, que Manuel muriera repentinamente, cuando gozaba de fortaleza física y buena salud. Por qué tenía que morir dejándola con tres hijos jóvenes, en plena preparación profesional. Por qué dejarla a ella con tan grande responsabilidad y con bienes que no sabía cómo manejar. Había sido una esposa modelo, dedicada al hogar y a las reuniones sociales y alejada de los negocios de su marido. Creía que el peso de esta pena la aplastaba. Absorta, apenas distinguió la voz que la llamaba.

-Esthela, te traje un té.

-Gracias Amparo

Ante tal espectáculo, suspiré y miré hacia el cielo, otra nueva maravilla descubrí: una enorme nube blanca tenía la misma forma de la piedra y alrededor de ella, pequeñas nubecillas a las hormigas copiaban. Parecía que el cielo retrataba el hecho para guardarlo después en el archivo de los milagros naturales. Todo esto me habló de un poder divino transmitido a los seres de la Tierra para ser mejores, iguales e invencibles. El sol me salpicó de luz y una pregunta quedó en el aire suspendida: ¿por qué las humanas sociedades no aprovechan el divino instinto que gobierna a plantas y animales?

EL MAYOR TESORO

Ahora que su esposo había muerto, Esthela sentía que se le encogía el corazón, como se encoge un resorte cuando recibe el peso de un objeto. Parecía que le faltaba el aire y que no podía ordenar el carrusel de pensamientos que pasaba por su mente.

Era injusto, pensaba, que Manuel muriera repentinamente, cuando gozaba de fortaleza física y buena salud. Por qué tenía que morir dejándola con tres hijos jóvenes, en plena preparación profesional. Por qué dejarla a ella con tan grande responsabilidad y con bienes que no sabía cómo manejar. Había sido una esposa modelo, dedicada al hogar y a las reuniones sociales y alejada de los negocios de su marido. Creía que el peso de esta pena la aplastaba. Absorta, apenas distinguió la voz que la llamaba.

-Esthela, te traje un té.

-Gracias Amparo

Le dio un sorbo y el sabor de la manzanilla diluyó sus amargos pensamientos, poniendo al fin su mente en otra cosa:

-¿Ya se fueron todos?

-Sí, y ya ves que vino poca gente; tal vez porque fue el último rosario –comentó Amparo.

-¿Hablaste con el Padre Néstor, para lo del triduo?

-Sí Esthela, el martes es la primera misa. Ya descansa, Manuel se fue pero la vida tiene que seguir. No pienses en el futuro.

Amparo decía esas palabras porque ella vivía en un presente eterno. El pasado lo dejaba volar, como se suelta a un canario de su jaula y del futuro no tenía ni idea de lo que era, para ella era como encender la televisión para ver qué hay.

Después de decirle buenas noches a su hermana, Amparo salió al patio y se dirigió a su casa, la casa antigua que fue de sus padres y abuelos y que le correspondía habitar a ella por ser la única soltera de la familia.

Al casarse Esthela, Manuel le construyó una casa junto a la de sus suegros, quedando el patio compartido; ese inmenso patio poblado de naranjos, higueras y nogales como todos los patios de San Alberto y que en aquella noche de agosto se salpicaba de luciérnagas.

Los otros hermanos, Federico y Carlos, vivían en Monterrey y sólo habían venido al entierro de su cuñado sin prolongar su estancia, porque tenían que trabajar.

Amparo abrió hacia afuera la puerta de tela y empujó las dos hojas de la otra antigua puerta de mezquite, que conducía a la sala. Ya en su recámara se quedó profundamente dormida. La que no podía dormir era Esthela, recordando una de las frases de Amparo: “No pienses en el futuro”: Cómo se atrevía a decirle eso, cuando quedaba viuda y con tres hijos estudiando en Monterrey. ¡Qué desconsiderada! Ella tenía que asegurarlos, verlos casados y con hijos, pero esta viudez la había tomado por sorpresa y la angustiaba.

Precisamente, lo que más le preocupaba era el futuro. De pronto, Esthela absolvió a Amparo: "Ella está soltera y no tiene de qué preocuparse", pensó. En eso estaba cuando apareció su hija Claudia, quien le habló con voz cansada:

-Ya acuéstate mamá, es tarde.

La tarde del día siguiente, Esthela despedía a sus hijos que abordaban el shadow azul modelo 92 que les había comprado Manuel. La tía Amparo les entregaba un rollo de carne seca y tortillas de harina que había preparado ella misma con tanto esmero.

Esthela y Amparo empequeñecían ante los ojos de Claudia, que volteaba al decirles adiós desde el asiento trasero del carro que manejaba Felipe, el hermano mayor, y que se alejaba ante el desenfado de Jorge, el copiloto. Mañana iniciarían otro semestre más.

Ya dentro de la casa, Amparo preguntó:

-¿Cómo te sientes?

-Mejor -dijo Esthela con cierta convicción- Ven, vamos a la cocina; mientras nos tomamos un café, quiero contarte algo que se me ha ocurrido.

Bajo el tenue sonido del abanico de techo Esthela le recordó a Amparo aquella vieja historia que su madre les había contado cuando niñas: "Durante la revolución, mamá Aurelia enterró algo en el patio, nunca supimos si fueron joyas, monedas o qué.

Lo único que decía era que lo había enterrado junto a la parra y que era su mayor tesoro, que no quería exponerlo al pillaje de los revolucionarios". Pero ni Amparo ni Esthela conocieron jamás en qué lugar había estado la parra, pues para cuando nacieron ya no había ninguna.

Amparo no mostraba interés en el tema y Esthela insistía en recuperar ese tesoro perdido.

-Pero Esthela, no tienes que andar buscando nada. Tienes suficiente dinero para que vivan tú y tus hijos.

-Mira Amparo, ya lo pensé bien, voy a vender el rancho porque no sé cómo administrarlo. Tampoco quiero que mis hijos regresen al pueblo después de haber estudiado en el Tec.

La discusión siguió y Amparo no tuvo más remedio que aceptar la curiosidad de su hermana. Además, era lo que estaba pasando en ese momento y tenía que vivirlo. Esthela siguió reconstruyendo el pasado a fuerza de su memoria y su interés creció de modo que al siguiente día fue a la casa materna a revisar todo el patrimonio documental de sus ancestros. Amparo tenía una castaña llena de fotografías, cartas y algunos otros recuerdos, que sólo abría una vez al año para sacudir o revisar que no tuviera polilla. Después de remover algunos restos de alcanfor, Esthela vio todas las fotografías y leyó cartas, escrituras de terrenos y hasta libros de contabilidad en busca de algún indicio. Pero nada encontró, no vio ninguna parra en las fotos tomadas en el patio ni leyó algo sobre algún tesoro escondido.

-Debe estar enterrado cerca de esta casa, no creo que la abuela lo haya escondido en el fondo del patio; porque además no había barda de piedra, sino una empalizada y podían haberla visto -le comentaba a Amparo con habilidad deductiva.

-Tal vez -contestó escéptica Amparo.

-Además, no creo que haya escarbado tan hondo por ser mujer.

-¡Ay Esthela! -suspiró Amparo.

Y Esthela terminó por llevarse la castaña a su casa para revisar todo con más calma. Era como armar un rompecabezas, pero con la desgracia de que faltaba la pieza clave.

El sábado siguiente, al llegar de Monterrey Felipe, Claudia y Jorge se sorprendieron de ver la gran cantidad de pozos y montones de tierra que había por casi todo el patio.

-¡Conejos!

-¿Explotó alguna tubería?

-¡Árboles, pero no los veo sembrados!

Exponían sus conjeturas los tres, cuando su madre les advirtió:

-¡Calma, muchachos! Yo les explicaré todo.

Y fue durante la comida cuando Esthela les contó lo del tesoro de su abuela, exponiendo los motivos por los que había llegado a realizar semejante estropicio.

-Mamá, pero parece que cayeron misiles -dijo Claudia.

-¡No seas exagerada! -gruñó Jorge.

La tía Amparo, que había comido con ellos, solicitó comprensión para su hermana. Poco a poco los hijos se fueron involucrando en el asunto, menos Felipe, quien estaba tan enamorado como para atender historias anticuarias. Por eso mejor los dejó hablando y se fue a llamar por teléfono a su novia. La plática terminó en el patio, tratando de adivinar dónde estaba la parra.

-Yo creo que esa planta, por no ser de la región, requería de especial cuidado y debía haber estado cerca de la casa - señalaba Claudia, la futura bióloga.

-Lo mejor será que compremos un detector de metales - comentó Jorge, el preparatoriano y agregó-. Podemos ir a Mc. Allen mañana.

-Yo no me atrevería a salir aún -anunció Esthela señalando su vestido negro.

-No se impacienten, podrán ir con más calma la próxima semana -observó la tía Amparo.

Siguieron platicando y llegaron a la conclusión de que había que emparejar la tierra, pues qué diría algún visitante si llegara a asomarse hacia el patio. De pronto, por la mente de Claudia cruzó un brillante recuerdo.

-¡Ya sé! Mamá tú me contaste hace mucho que cuando el tío Carlos era niño, había visto una lumbre.

-¿Y eso qué? -preguntó el ignorante de Jorge.

-¡Ay, pues cuando alguien ve fuegos extraños, es que hay dinero enterrado! -enfaticó Claudia.

-Pues yo no sabía -se disculpó Jorge

-A eso le llaman relaciones -dijo Esthela.

-¡Pues ojalá que no sean peligrosas! -exclamó Jorge.

-¡Mucho cine! –sonrió Claudia y agregó-. Mamá, lo mejor será que, con cierto disimulo, le hables al tío Carlos para que te diga dónde vio la lumbre; sirve que descuelgues a Felipe porque si no vas a ver cómo te llega el recibo.

Ya con el patio en orden, a la semana siguiente, ni el tío Carlos se acordaba de haber visto una lumbre ni el aparato detectó tesoro alguno. Esthela, al borde de la obsesión, les contó a todos que había soñado a sus padres, a la abuela Aurelia, a sus tíos, primos y demás familiares fallecidos. Les dijo que un tío Fernando, que había terminado sus días en Chicago, le platicó en sueños que la abuela había enterrado varios lingotes de oro, de los que abundaban en aquellos tiempos. Y esto podía ser posible, suponía Esthela, ya que el bisabuelo, Don José Méndez y Ortega, había sido un terrateniente muy acaudalado de la región.

Por su parte, Claudia suponía que la abuela Aurelia tenía que haber enterrado objetos de uso personal, ya que lo llamaba "el mayor tesoro".

Además, revisando unas fotografías, observó que la abuela Aurelia portaba aretes, pulseras, anillos y dijes de oro que nadie había heredado. Tenía que ser eso.

Jorge, en cambio, soñaba con centenarios o monedas antiguas. No desechaba la posibilidad de que fueran dólares del siglo pasado.

Cuando el detector de metales descubrió corcholatas, clavos enmohecidos y restos de alambres, el equipo investigador llegó a la conclusión de que se trataba de un pesado baúl de madera o de una gran tinaja de barro; ambos, gruesos objetos que no dejaban pasar la detección. Sólo la tía Amparo, que no le interesaba ni el futuro ni el pasado y Felipe, que vivía el momento, no participaron en las indagaciones.

Ya habían pasado dos meses y el famoso tesoro no aparecía. Nadie recordaba la parra y ninguna hipótesis era lo suficientemente fuerte como para cavar un hoyo en tal o cual lugar.

Sin embargo, el asunto llevó a Esthela, Claudia y Jorge a conocer las raíces de su familia. Gracias al hijo del alcalde, que era amigo de Jorge y que tenía acceso a los archivos del Registro Civil, así como a la colaboración del Padre Néstor, el equipo investigador logró reunir copias de más de sesenta documentos, tales como fe de bautizos y actas de nacimiento y defunción de su laberíntico árbol genealógico cuya información llegó hasta seis generaciones atrás. A la documentación oficial, se agregó una interesante serie de acontecimientos familiares dados a conocer por la gente más antigua de San Alberto.

A pesar de no saber aún nada del tesoro, la familia se divertía con los asombrosos datos que arrojaba su investigación.

Por ejemplo, se enteraron de que el tío abuelo Pablo, después de los setenta años empezó a dormir y dormir, que sólo se levantaba para tomar sus alimentos y despejarse un poco, hasta que fue perdiendo la memoria.

También tuvieron noticia de una prima Mónica, que había huido del pueblo con un francés y jamás se volvió a saber de ella. Supieron además del pariente Artemio, que tenía la extraña facultad de encontrar objetos perdidos, por más difíciles que fueran, ¡ay, si aún viviera! y conocieron muchas otras cosas, excepto el contenido del mayor tesoro de la abuela y el sitio donde lo enterró.

Casi todo el pueblo se enteró del inusitado interés de la familia Rodríguez por conocer su pasado, desconociendo desde luego, las intenciones de la investigación. Algunos pensaron que se trataba de un trabajo escolar de Jorge; o que la tía Amparo, como no tenía oficio ni beneficio, escribiría una novela histórica. Las malas lenguas llegaron a decir que Doña Esthela se estaba volviendo loca, que después de la muerte de su marido ya no vivía el presente y que su voz, modales y hasta forma de caminar se estaban pareciendo cada vez más a los de la lejana Aurelia, cuyo porte y distinción todavía recordaban. ®

Realmente Esthela ya no era la misma de antes, la que jugaba lotería con las amigas, la que asistía a eventos políticos, sociales o de beneficencia. Una de las cosas que conservó fue la de asistir asiduamente a la iglesia, pero entre las cosas que adoptó, fue su gusto por lo antiguo que reflejó en la decoración de su casa y en su vestuario personal. El día de muertos hizo un altar tan grande, que ocupó la mitad de la sala de su casa, de pared a pared. Esta costumbre no está arraigada en Nuevo León, pero Doña Esthela -doctora honoris causa en cuestiones históricas- tomó los elementos culturales de la región para hacer su altar. Lo adornó con rosas, crisantemos, azucenas y lo que pudo encontrar en su jardín; velas y veladoras; higos, nueces, naranjas y mandarinas; algunos relojes, mancuernillas, monedas y llaves antiguas; fritada, machaca, tortillas de harina, calabaza en tacha y dulces de leche, así como otras delicias que a fuerza logró que Amparo preparara. Todo esto estaba intercalado por fotografías a color, blanco y negro y en sepia de todos los difuntos.

Al centro, el rostro de Manuel, y arriba, coronando la gran obra artesanal, la imagen de la abuela cuando se casó, como reconocimiento a quien ahora inspiraba sus acciones.

Le había gustado tanto el altar, que lo dejó quince días más, de la fecha, y lo hubiese dejado más, de no ser por el incidente que pasó. Una tarde de sábado estaba contemplando su obra, cuando Jorge interrumpió su embeleso.

-¡Mamá, se me ha ocurrido una idea!

-¿Sí, hijo?

-¿Por qué no contratamos una médium para que se comunique con la abuela?

-¡Dios nos libre! -se espantó Esthela juntando sus manos.

-¿Por qué no, mamá?

-Eso no está bien, además, si se enterara el Padre Néstor...

-No tiene porqué saberlo -declaró Jorge.

-Pues...

Bastó esa pequeña duda en el enmarañado intelecto de Esthela para que el cuadro de la abuela vibrara, oscilara y se desplomara arrasando ofrendas a su paso y cayendo a los pies de Esthela, quien gritó:

-¡Aaaaaaaah!

Jorge se asustó también, mas armándose de valor confortó a su madre:

-No fue nada, mamá.

-¿Cómo que no? ¡Fue tu sacrílega idea! -vociferó Esthela.

-Mamá, por favor -suplicó Jorge recogiendo los añicos de madera y cristal.

Sólo el papel del retrato y el doble cartón que lo protegía permanecieron intactos; Jorge los colocó en el último nivel de un rinconero, haciendo a un lado unos adornos. Esa misma tarde, Esthela desmontó el altar.

Era ya el tiempo de las posadas y los muchachos, de vacaciones en San Alberto, recibieron con beneplácito la noticia de que su madre había sido nombrada cronista municipal.

Esthela no sólo conocía el pasado de su familia, sino que manejaba con gran habilidad mnemotécnica datos, fechas, acontecimientos, vida, obra, santo y seña de todo el pueblo. Su conversación era de lo más agradable, mas no su apariencia, que, empeñada en el ayer, se aproximaba a la de un fantasma porfirista.

Fue entonces cuando dio con el paradero de Perpetua, una vieja sirvienta de la familia que de niña había trabajado para la abuela.

-Perpetua tiene que saber dónde estuvo la parra! -dijo olímpicamente su familia.

-No pensarás ir a Las Anacuas -comentó Amparo.

-Ese rancho no está lejos. ¿Me llevas, Jorge?

-Sí, mamá.

-Yo también voy -se apuntó Claudia.

La octogenaria Perpetua ya estaba ciega pero oía muy bien. Ni de chiste pensó que una nieta de Doña Aurelia la visitaría y menos que le llevaría regalos.

Esthela justificó su visita argumentando que, ahora que conocía el pasado de sus parientes, estaba agradecida con todas las personas que habían sido importantes en su vida, especialmente en la de su abuela materna. La astuta charla de la cronista condujo a Perpetua por un complicado laberinto de recuerdos que desembocó en la anhelada parra.

-Si me acuerdo, daba unas uvas chiquitas pero muy sabrosas- dijo Perpetua con voz de campana y agregó-. Se secó en la helada del 32 y después pusieron un lavadero.

Era todo lo que los Rodríguez necesitaban saber. Levemente emocionada, pero sin perder los estribos, Esthela continuó la plática un rato más, como despiste y anunció su partida.

El único temor era que quienes hicieron el lavadero, hubiesen hallado el tesoro.

Mientras tanto, en San Alberto, Amparo y Felipe se reían de su descubrimiento.

Cuando al fin Amparo reparó en el retrato de la abuela olvidado en el rinconero y decidió guardarlo en la castaña que ahora era de Esthela, un sobre amarillento salió de entre los dos cartones que estaban debajo del retrato. Felipe lo recogió, lo abrió y junto con su tía leyó la adornada caligrafía color sepia de una carta escrita por Doña Aurelia. La misiva estaba dirigida a quien la encontrara y uno de sus párrafos daría pistas interesantes a quienes aún no volvían de Las Anacuas:

“Estoy agradecida con todo lo que he vivido. Todos mis deseos se han cumplido. He tenido muchas cosas, pero mi mayor tesoro lo enterré en el patio, junto a la parra, para que los bandidos no se lo llevaran. Ya no lo quise sacar, porque a mis hijos a lo mejor no les sirve o lo reparten por ahí, pero si usted que está leyendo ésta carta quiere buscarlo, lo único que le pido es que lo siga conservando. Sólo cuente seis pasos de la puerta de la cocina, derechito y ahí está”.

-Fíjate Felipe, y haber ido hasta Las Anacuas –observó Amparo.

-¡Qué bárbaros!

Cuando la tropa irrumpió en la sala, Amparo extendió su brazo derecho a Esthela, entregándole sonriente el sobre.

-No quiero saber de cobros, vamos a la casa vieja –espetó Esthela.

Felipe soltó una estruendosa carcajada y Amparo tuvo que detener su brazo derecho a Esthela, entregándole sonriente el sobre.

Los tres cruzaban el amplio patio de naranjos, higueras y nogales porque Claudia y Jorge ya estaban con pico y pala junto al lavadero.

-Dicen que algunas cosas enterradas se mueven de lugar –comentó Jorge ingenuamente.

-Pues cuando abramos el baúl o lo que sea, hay que tener cuidado. No sé donde leí que las monedas enterradas mucho tiempo, desprenden gases que pueden matarnos – expuso Claudia.

-¡Esperen, hay que contar seis pasos desde la puerta!

-ordenó Esthela.

Y mientras escarbaban, les leyó la carta en voz alta y rectificaron el lugar, que afortunadamente, no estaba debajo del lavadero. Felipe tuvo que ayudarles a sacar el baúl, pero inmediatamente se alejó hacia el nogal más cercano, donde estaba la tía Amparo.

Esthela proveyó a Claudia y a Jorge de tapabocas, guantes y lentes de buceo que habían comprado en Mc.Allen.

Al abrir el carcomido baúl se toparon con una antigua maleta, ésta contenía a su vez un cajón de madera para guardar joyas. Temblando, Claudia lo abrió y encontró un pequeño cofre rectangular de concha nácar. Felipe y Amparo sonreían ante del desconcierto de los demás. ¿Qué podía contener ese pequeño cofre que la abuela llamara “el mayor tesoro”?

-¡Esto es una broma macabra! – rabió Jorge.

Esthela, con desilusión ya, retiró la tapa del cofre y descubrió una veintena de sobres color perla. Los oprimió contra su pecho y sin decir nada, pero apretando los dientes, caminó hacia su casa, seguida por los demás. La silente fila llegó hasta la sala y sin más, comenzaron a leer las cartas. Se trataba de la secreta comunicación establecida por la abuela Aurelia y su esposo antes de casarse y durante los dos años que éste había pasado en Nuevo México, atendiendo negocios de ganadería. Las cartas contenían una historia de amor llena de espinas que al final triunfó.

Cuando terminaron de leer, Felipe bendijo a Alexander Graham Bell por la invención del teléfono. Amparo no habló, pero recordó su añejo amor platónico por un campesino que había trabajado para su familia; ahora amaba la vida tal como se le presentaba. Felipe y Amparo siempre habían distinguido la calidad de todos los tesoros y comprobaban ahora cuál era el mayor.

Claudia y Jorge se rieron por todo lo que habían pasado desde que comenzaron la aventura.

Y Esthela sintió su corazón como un resorte liberado de pesos y opresiones. Volvió a ser la misma de antes, vistió a la moda y jugó lotería con sus amigas. Administró su rancho y otros negocios. Vio a sus hijos casados y con hijos. Pero un día, sin que nadie la viera, enterró algo junto al único granado de su patio y escribió una carta, que colocó con cuidado entre el doble cartón de su retrato de novia.

CORRIENDO LA PERSIANA

Todo parecía indicar que la fiesta sería muy divertida. Los jóvenes de la prepa celebrarían un fin de semestre más. Como siempre sucede, los muchachos se organizaron: Claudia propuso ser la anfitriona; los demás traerían la botana, la cena y, sin faltar, la bebida. En las reuniones anteriores nadie se había emborrachado, por lo tanto, un poco de alcohol -pensaban- resultaría inofensivo.

Los jóvenes fueron llegando a la casa de Claudia y empezaron con juegos y baile. El ambiente era de compañerismo y alegría.

Eduardo estaba en su casa viendo un partido de béisbol. Su madre entró al cuarto y le preguntó:

-Hijo, ¿Por qué no corres la persiana?

-Es que me distrae el ruido de los carros -contestó.

-Tu padre y yo vamos a salir. Si vas a la fiesta, cierra bien la casa y maneja con cuidado.

-No te preocupes, mamá.

Cuando Eduardo se aseguró de que sus padres se habían retirado, fue al depósito de la esquina y compró unas cervezas para tomárselas en las últimas entradas del juego.

Mientras tanto, en casa de Claudia, sus padres colaboraban con ella para ayudarle a ser buena anfitriona, les agradaba ver cómo se divertían los muchachos en un ambiente sano y ordenado.

Eduardo llegó tarde, pero parecía el más contento de todos porque cantaba y reía. Sus compañeros notaron que ya andaba medio mareado. El muchacho se preparaba unas "cubas" y las tomaba con rapidez. De pronto entró en una charla muy interesante con tres de sus compañeros: Los trabajos de la mesa directiva de su escuela, el próximo torneo de futbolito y el baile de fin de cursos.

-No hicieron nada en todo el año –declaró Eduardo.

-¿Cómo que no? Lo que pasa es que tú nunca participas en nada –comentó Héctor.

-¿Qué te traes? gritó Eduardo.

La música no permitía escuchar lo que decían los muchachos, hasta que sus voces fueron aumentando de volumen. La plática se acaloró. Eduardo empezó a gritar y a golpear a Héctor en la cara, quien perdió el equilibrio y cayó.

Entre varios detuvieron a Eduardo y lo sacaron de la casa. Ya en la calle, hablaron con él y trataron de hacerlo entrar en razón, mientras otros atendían adentro al joven golpeado.

Eduardo se molestó por los consejos que le daban y subió al auto que le prestó su papá; algunos quisieron acompañarlo, evitar que manejara, pero él no accedió; arrancó en su coche estrepitosamente y se alejó aumentando la velocidad. Aquella fue una noche amarga, la decepción se reflejó en los rostros de todos. La fiesta terminó mal por una discusión que no valía la pena.

Dos semestres pasaron y llegó la graduación; la mayoría de los muchachos alcanzaron la meta, con la esperanza de ingresar a la facultad de su elección y llegar a ser, con el tiempo, brillantes profesionistas.

En su casa, Eduardo pensó que ese día se habría graduado; recordó aquella ocasión cuando tomó cerveza y licor de más; no pudo evitar que la tristeza lo invadiera. Con algo de esfuerzo se trasladó, en su silla de ruedas, hasta la ventana de su cuarto, e inclinándose, corrió la persiana y se asomó para ver a la gente que pasaba, intentando distraerse un poco.

CIRROS ISTMEÑOS

Para Julia fue una verdadera sorpresa ver a su papá después de tanto tiempo. Corrió, junto con dos de sus hermanitos, al reencuentro de quien evocaba cariñosamente pero también con temor. El hombre estaba con Rebeca, su esposa, y el hijo menor, quien aún no iba a la escuela. A la niña, el camino de la parcela al jacal le pareció corto. Al llegar a la casa abrazó a su padre y cerró los ojos, como si al hacerlo borrara las tristes imágenes que venían a su mente.

Aunque apenas tenía nueve años, Julia recordaba con claridad el día que su papá se marchó. Haría cosa de un año, cuando la niña lo vio borracho, cayéndose y diciendo frases que no entendía. Hubo gritos, sintió el miedo de su madre cuando ésta corrió, con ella y sus hermanos, hasta el jacal de los abuelos. En todo eso meditaba cuando la seca voz del padre interrumpió sus pensamientos:

-¿Dónde está Pedro? -preguntó el hombre por uno de sus hijos.

-Se lo llevó mi hermana... es que no puedo con todos contestó la esposa.

-¡Cómo serás, Rebeca! Pos ora mismo vamos por él ordenó. Y sin más, se dirigieron hacia la casa de la hermana.

En aquella pequeña comunidad del istmo todo pareciera estar cerca, sólo los cirros, como pequeñas islas en el cielo inmenso, se veían altos y lejanos.

La familia entera caminó en busca de Pedro y pronto los lugareños se percataron del regreso de Diego. A los parientes de Rebeca no les agradó mucho el suceso, pero con el paso del tiempo lo aceptaron, al ver que Diego había cambiado.

-¡Cambian las nubes, vieja, que no cambie yo! -decía a su mujer.

-Pos es que ya no tomas ni un trago de mezcal.

-Es que no tenía caso seguir así. Si vieras cómo me ayudaron en el pueblo los de Alcohólicos Anónimos.

Una tarde las nubes fueron diferentes, los débiles cirros que aparecieron en aquella cálida y húmeda región, se convirtieron en nubarrones oscuros. Después llovió a cántaros sobre el ejido. El temporal sucesivo fue benigno para los sembradíos.

Diego estaba flaco y amarillo, ya no tenía la misma fuerza de antes, se cansaba al poco tiempo de trabajar. Hasta que se fue agravando cada vez más.

En su velorio, Rebeca le platicaba a una comadre:

-Fue cirrosis lo que le dio.

-Es que tomaba mucho, Rebeca.

-Bueno, pos el doctor nos dijo que ese mal no siempre da por culpa del alcohol; pero ya ves, si Diego nunca hubiera tomado, estuviera con nosotros.

Julia callaba, quería olvidar los malos recuerdos y guardar ahora en su pensamiento la imagen última de un padre cariñoso y bueno.

OTRO AUTOGOL

Martín y Jaime disfrutaban esa noche del juego de fútbol transmitido por televisión... y de las cervezas que habían comprado por la tarde. Era el partido de ida de la final del campeonato nacional de fútbol y el equipo favorito de los muchachos tenía posibilidades de ganar.

Los jóvenes eran hermanos, originarios de un pueblo; sus padres les habían alquilado un departamento en la capital del Estado para que continuaran sus estudios. Tenían pocos meses de vivir ahí y la ciudad les parecía atractiva, tanto, como los anuncios de la tele, que pasaron después del primer tiempo del encuentro: imágenes de fiestas donde todos sonreían, bellas modelos con vestidos entallados, escenarios de playas llenas de jóvenes y bebidas.

Los hermanos, observando atentamente la pantalla, charlaban:

-Mira, Martín, todos esos vinos que anuncian y nosotros aquí... tomando estas tristes cheves.

-Es cierto, Jaime, hay que probarlos.

-¿Qué tal una fiestecita?

-¡Juega!, el sábado es el partido de vuelta y, de seguro, festejaremos el triunfo de nuestro equipo.

El segundo tiempo inició y los comentarios en torno a la organización de la fiesta continuaron. El equipo al que le iban los muchachos ganó por dos goles a uno.

El viernes, los jóvenes platicaban en el supermercado:

-¡Qué bárbaro!, mira lo que cuesta este vino, mejor compramos otro -dijo Jaime.

-No, éste nos da categoría, tú sabes, los cuates... las chavas... hay que apantallar.

La fiesta había sido planeada con mucho cuidado y todo resultaría igual que el partido de vuelta de la final del torneo, desde luego, para el equipo que apoyaban los despreocupados hermanos. Ya estaban listos para recibir a sus invitados. Los citaron después del partido, para festejar la inminente victoria. En la cocina, aguardaban el vino, las aguas minerales, los refrescos de cola y la botana.

En la sala, Martín y Jaime escuchaban el terrible gol de empate. Ahora los equipos estaban dos a dos. Llegó el intermedio y con él los mensajes de bebidas alcohólicas. Jaime dijo:

-Mira, Martín, así se va a poner la fiesta.

En el segundo tiempo el partido se fue complicando: expulsaron a un delantero del equipo favorito y el contrario comenzó a dominar. La desilusión total llegó cuando un defensa, en desesperada acción por evitar un gol del equipo enemigo, proyectó un sorpresivo autogol.

De todos modos, tuvieron que recibir a los pocos muchachos que asistieron a la reunión; la mayoría de las chicas no acudió. Martín esperaba confiadamente que llegara la más guapa del salón-; algunos llamaron por teléfono para disculparse por no asistir. Pero eso no fue todo, Martín y Jaime tuvieron problemas para que un compañero se fuera, ya que se le habían pasado las copas.

El domingo los hermanos tardaron más de dos horas en recoger la basura que se produjo en la reunión. Martín le dijo a su hermano:

-No pienso organizar otra fiesta.

-Ni yo -contestó Jaime.

Los muchachos recordarían por mucho tiempo el autogol del partido, pero también el otro autogol, el de la fiesta.

NACER ENTRE NIEBLA

A Nora le gustaba fumar, afirmaba que eso estaba de moda y que además la hacía sentirse relajada y tranquila. Casi todos sus amigos fumaban, así que, si no entraba en el rol, quedaría fuera de tono. Empezó a consumir el tabaco desde que cursaba la secundaria. Más tarde, en la prepa la llamaron "la chica de humo". Sus padres no le evitaban fumar, pero cuando vieron que su hija incrementó el consumo de cigarrillos, decidieron hablar con ella:

-Hija, ahora fumas más que antes -dijo el padre.

-¿Podrías reducir la cantidad de cigarros? -preguntó la madre.

Luego de platicar con sus padres, Nora reflexionó y se percató que su hábito de fumar era fuerte. Ya en su cuarto, buscó el cenicero y encontró trece colillas en él, hecho que reafirmó su conclusión.

De todos modos, tuvieron que recibir a los pocos muchachos que asistieron a la reunión; la mayoría de las chicas no acudió. Martín esperaba confiadamente que llegara la más guapa del salón; algunos llamaron por teléfono para disculparse por no asistir. Pero eso no fue todo, Martín y Jaime tuvieron problemas para que un compañero se fuera, ya que se le habían pasado las copas.

El domingo los hermanos tardaron más de dos horas en recoger la basura que se produjo en la reunión. Martín le dijo a su hermano:

-No pienso organizar otra fiesta.

-Ni yo -contestó Jaime.

Los muchachos recordarían por mucho tiempo el autogol del partido, pero también el otro autogol, el de la fiesta.

NACER ENTRE NIEBLA

A Nora le gustaba fumar, afirmaba que eso estaba de moda y que además la hacía sentirse relajada y tranquila. Casi todos sus amigos fumaban, así que, si no entraba en el rol, quedaría fuera de tono. Empezó a consumir el tabaco desde que cursaba la secundaria. Más tarde, en la prepa la llamaron "la chica de humo". Sus padres no le evitaban fumar, pero cuando vieron que su hija incrementó el consumo de cigarrillos, decidieron hablar con ella:

-Hija, ahora fumas más que antes -dijo el padre.

-¿Podrías reducir la cantidad de cigarros? -preguntó la madre.

Luego de platicar con sus padres, Nora reflexionó y se percató que su hábito de fumar era fuerte. Ya en su cuarto, buscó el cenicero y encontró trece colillas en él, hecho que reafirmó su conclusión.

El velo del tabaquismo había cubierto por mucho tiempo su ignorancia. Ahora estaba consciente que fumaba demasiado, pero lo que no sabía aún eran los daños que el tabaco provoca en la salud.

Nora era una muchacha como todas, estudiaba y era responsable, pero no podía dejar de fumar. Casi todos los jóvenes lo hacían, y eso la consolaba un poco.

Con el tiempo Nora terminó sus estudios, comenzó a trabajar y se casó. Su esposo también consumía tabaco. Cuando salían a cenar buscaban el área de fumadores de los restaurantes a los que acudían. Asistían a reuniones de matrimonios donde la mayoría también fumaba. En una de ellas le preguntó a una amiga:

-¿Ya probaste estos cigarros?

-No, ¿es una nueva marca?

-Sí, no son muy fuertes, pruébalos.

Nora no tenía una marca de preferencia, su hábito era tal, que fumaba cualquier tipo de cigarrillos. Cuando aparecía una marca nueva, la compraba inmediatamente.

Pasó el tiempo y Nora se embarazó. Con frecuencia pensaba en el bebé que pronto traería al mundo. Quería tener un hijo fuerte y sano. Hizo todo lo que le dijo el doctor y puso mucha atención en la dieta que le prescribió, pero no podía dejar de fumar, lo único que hizo fue reducir la cantidad de cigarrillos, mas esto le provocaba ansiedad. Así que continuó fumando durante casi todo su embarazo.

Nora tuvo un parto prematuro. El bebé era pequeño y delgado. Creció con problemas de salud y requirió de cuidados especiales, sobre todo en los inviernos, cuando el niño se mostraba propenso a las enfermedades respiratorias. Una vez alguien le dijo:

-¡Qué bonito niño! Aunque no salió tan alto como sus padres.

Nora dejó de fumar, aunque requirió fortalecer su voluntad para hacerlo. Veía jugar a su pequeño con los compañeros de escuela y pensó que tal vez sería más robusto si ella hubiera evitado el consumo del tabaco; si su hijo no hubiera nacido entre la niebla de la adicción que tanto esfuerzo le costó superar; si hubiera decidido, desde la adolescencia, no recorrer el camino brumoso del tabaquismo...

NUBES POR DISIPAR

Luis y Felipe eran dos adolescentes que estudiaban la secundaria. Luis, el mayor, -supuestamente el más responsable- cursaba el tercer grado; Felipe estaba en primero.

Por las tardes, los dos muchachos realizaban sus tareas escolares. Para Felipe, su hermano mayor era un ejemplo a seguir: había heredado de él algunos libros, ropa y hasta formas de conducta.

Después de dos horas de estudio a Luis se le ocurrió una volátil idea:

-Vamos a fumar, ahora que no están papá y mamá.

-Pero ¿de dónde sacamos los cigarros? -preguntó Felipe. ®

-Papá debe tener, ayúdame a buscar en su cuarto - invitó Luis.

-Oye, pero yo nunca he fumado.

-Es fácil, yo te enseño -aseguró Luis-. En la casa de mi amigo Carlos fumamos cuando no están sus papás.

Luego de escudriñar en diferentes sitios de la recámara de sus padres, dieron con los cigarrillos. Se dirigieron a la sala, donde Luis le explicó a su hermano desde la forma de tomar el cigarro hasta cómo aspirar y expulsar el humo. Estaban junto a la ventana para vigilar la llegada de sus padres y, efectivamente, aparecieron cuando ellos aún no terminaban de fumar.

-¡Órale, Felipe, apaga el cigarro!

-¡Hay que abrir las ventanas! -exclamó Felipe.

-Sí, rápido, no debemos dejar huella.

Luis tomó el cenicero y se apresuró hacia la cocina para lavarlo. Luego, corrió al baño a cepillarse los dientes. Felipe, por su parte, se encerró en su cuarto.

El resto de la familia entró a la casa. El papá pasó de largo pero la mamá percibió que olía a cigarro en la sala. No quiso decirle nada al esposo por el momento. Fue con Luis y no encontró nada raro en él. Después buscó a Felipe y lo notó muy nervioso. Cuando le dio el beso en la mejilla como saludo, supuso que el muchacho había fumado. Entonces llamó a su marido y le dijo:

-Felipe ha estado fumando.

Después de este comentario, siguió una lluvia de preguntas que desembocó en una severa reprimenda para el muchacho. Luis escuchó todo y se sintió culpable por ser el causante de ese disgusto. No sabía si intervenir o no, ya que Felipe no lo acusaba.

Pero tenía que hacerlo, el rastro de las mentiras es más visible que el de las verdades. Comprendió que había desatado una tormenta familiar, así que, decidió enfrentar a sus padres y contarles todo lo ocurrido, para disipar las nubes de su error.

LA CONQUISTA DEL HUMO

El ambiente del bar era alegre, como casi todas las noches. Estaba formado por un salón pequeño, en el que se expendían las bebidas, y otra pieza contigua donde se hallaban dos mesas de billar. El ruido del pasadiscos y el humo del cigarro prevalecían en el lugar. Uno y otro jugaban, como duendes, a conquistar todos los sitios de un bosque nocturno. El ruido era directo y rebotaba como bola de billar; mientras que el humo subía, revoloteaba y descendía hasta posarse en los muebles y en las ropas.

Para Víctor era una noche más, como todas las que llevaba trabajando de mesero en ese bar, por más de diez años. Pero no fue así, porque repentinamente se sintió cansado y con dificultad para respirar; se vio obligado a salir para tomar aire fresco. Uno de sus compañeros de trabajo le preguntó:

-¿Qué tienes, Víctor, qué te pasa?

-No sé, sentí que me asfixiaba -contestó al tiempo que tosía.

-Es que hay mucha gente y casi todos están fumando.

-Siempre es así los fines de semana y yo nunca me había sentido mal -declaró Víctor.

Se sobrepuso y continuó laborando. A Víctor le agradaba su trabajo, era muy amable y platicador con los clientes; además, recibía buenas propinas. Esa noche no le prestó importancia a su malestar. Dos semanas después se volvió a sentir mal, pero esta vez en su casa. Las molestias continuaron, así que decidió visitar a un médico. Este le preguntó:

-¿Fuma usted mucho?

-No, para nada, ¿por qué me pregunta eso? -comentó Víctor extrañado.

-Es el interrogatorio de rutina -se limitó a decir el doctor.

Víctor fue sometido a varios análisis. No sabían aún qué enfermedad tenía. Tanto para su esposa como para él fue muy triste saber que sus pulmones estaban dañados. ¿Cómo era posible que un padre de familia responsable, joven, que no fumaba y que jugaba fútbol los domingos, estuviera enfermo?

El mesero se vio obligado a renunciar a su empleo. Su esposa comenzó a trabajar. Empezaron las dificultades económicas y de organización familiar. Un futuro incierto como el humo y molesto como el ruido se presentaba ante ellos.

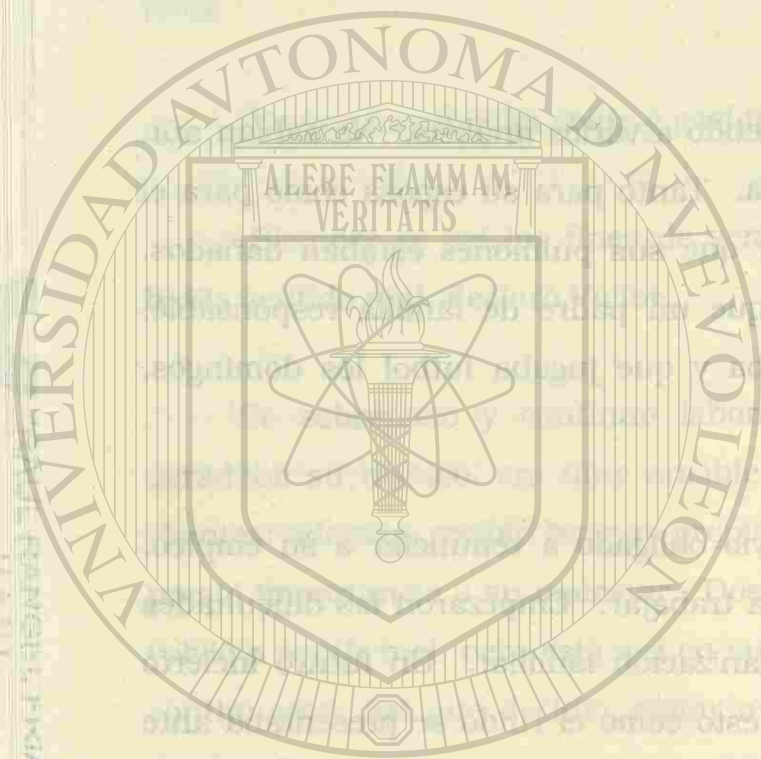
Víctor se había expuesto involuntariamente al humo del tabaco por mucho tiempo. El ruido, al parecer, no le había afectado; pero el humo, expedicionario tenaz, había conquistado sus pulmones.

ALGO ME QUERÍA CONTAR

La pequeña Bety llegó bostezando a la cocina, donde conversaban sus papás. Después de saludarlos con un beso, se dirigió a la mesa, dispuesta a que le sirvieran el desayuno, pero recibió una orden de su mamá.

-Ve a despertar a Paco y dile que venga a desayunar.

La chiquilla protestó, pero el padre le dijo que obedeciera, así que fue al cuarto de su hermano, tocó la puerta pero Paco no respondió. Giró la perilla y la puerta se abrió; Bety se acercó a él, moviéndolo. Al ver que su hermano no despertaba, se asustó y comenzó a gritar. Sus papás corrieron hacia el cuarto de Paco. También lo movieron logrando sólo que abriera los ojos, pero sin poder hablar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paco no reaccionaba, estaba como atontado. Apenas les dio tiempo para cambiarse de ropa y subir al muchacho en el auto; a Bety se la llevaron en pijamas. En el trayecto de la casa a la clínica de la empresa donde trabajaba el padre, los esposos discutieron:

-¿Se sintió mal anoche? -preguntó el papá.

-No sé, Paco ya estaba dormido... es que llegué a las once porque la reunión se prolongó, es que festejamos el cumpleaños de Hilda- contestó la esposa.

-¡Esas jugadas de lotería con tus amigas!

-Tú llegaste a la una, así que no me digas nada.

-Lo mío es diferente, ya sabes que estas reuniones me sirven para ascender en el trabajo.

Paco fue atendido en la sección de urgencias. En la sala de espera, sus papás seguían recriminándose sus responsabilidades, especialmente para con Paco; al tiempo que Bety permanecía en un rincón, temerosa y triste.

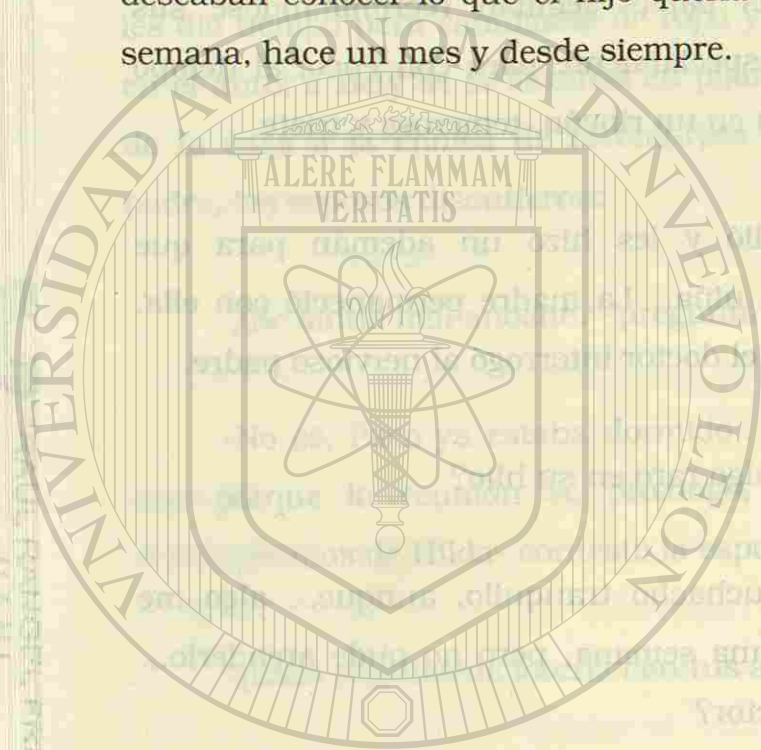
El médico salió y les hizo un ademán para que pasaran, pero sin la niña. La madre permaneció con ella. Ya en el consultorio, el doctor interrogó al nervioso padre.

-¿Nunca notó algo raro en su hijo?

-No, es un muchacho tranquilo, aunque... algo me quería contar hace una semana, pero no pude atenderlo... ¿qué pasa con él, doctor?

Siguieron platicando. El doctor le hizo preguntas en torno al comportamiento y las amistades de Paco. Le explicó que los síntomas que presentaba el muchacho se debían al uso de inhalantes. ®

Fue un duro golpe para los padres de Paco. Ahora deseaban conocer lo que el hijo quería contarles hace una semana, hace un mes y desde siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DÉBIL SOL DE MARZO

En un barrio marginado, un adolescente sale de su escuela secundaria. A media calle encuentra a un muchacho mayor; lo conoce porque antes vivía por su casa. Es el Beto, quien dejó el hogar porque su madre se unió a otro hombre. Ahora, de vez en cuando se da una vuelta por la colonia. Después de saludarse, el Beto le pregunta:

-¿Vas pa' tu cantón?

-Sí, aunque ni quisiera llegar.

-¿Por qué, Sebas?

-Pos' es que mi jefe no tiene trabajo y nomás está tome y tome, vieras qué mala onda es...

Mientras caminan sin rumbo determinado, Sebastián le sigue contando al Beto las dificultades por las que pasa su familia. Es marzo y el invierno está preparando su equipaje para irse y dar paso a la siguiente estación, aunque en ese hacinado suburbio la primavera pasa ignorada por todos. Al llegar a un terreno baldío, el Beto encuentra algo que llama su atención:

-Mira, Sebas, ¿sabes qué es esto?

-Una bolsa de plástico -responde el muchacho.

-Pero tiene resistol -hace una pausa para decir bien lo que está pensando y continúa-, ¿ya lo has probado?

-No, Beto, yo sé que eso es malo, en la escuela los profes nos viven diciendo que no nos droguemos.

-No, mi Sebas, ya verás que esto te aliviana y se te olvidan los problemas.

La tenue luz del sol se abre paso entre las nubes al tiempo que el Beto deja correr sus ideas y el que escucha ahora es Sebastián. Lo convence que pruebe sólo una vez para ver si le gusta. Llegan hasta una tlapalería, el Beto le da dinero y le aconseja lo que debe decir. Sebastián pide el producto con temor.

-No te lo puedo vender, muchacho, eres menor de edad y la ley lo prohíbe -le dice el dependiente.

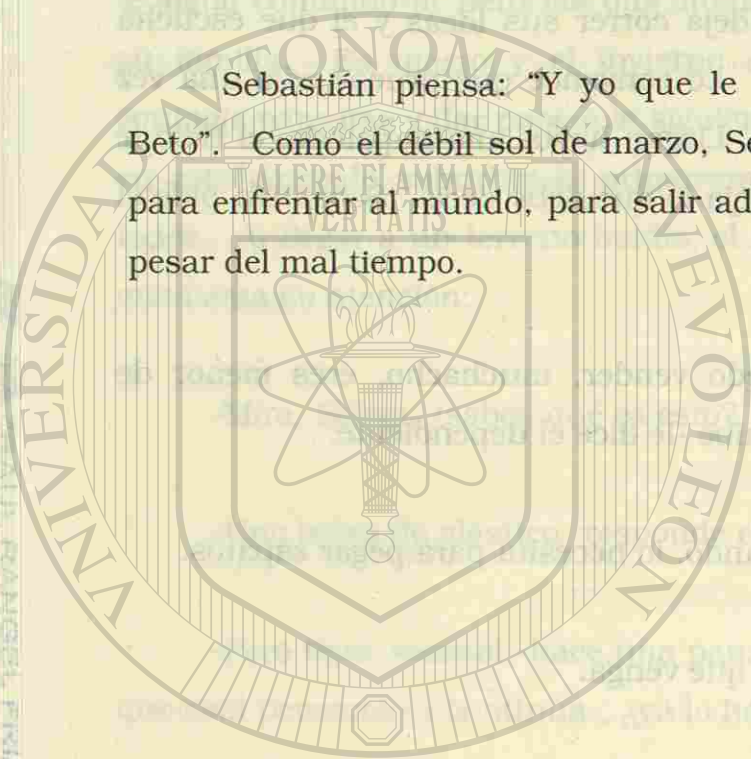
-Mi jefe me mandó, lo necesita para pegar zapatos.

-Pues dile a él que venga.

Sebastián regresa y le explica todo al Beto, quien se molesta porque no consiguió lo que quería. Se despiden y toman rumbos diferentes. El sol está tibio, aunque más luminoso y esto hace imaginar al muchacho muchas cosas; está confundido, lo que el Beto le propuso lo inquieta, pero piensa también que drogarse no es bueno. Al llegar a su casa, su madre lo recibe con una sonrisa:

-¿Qué crees, hijo? Tu papá encontró trabajo...

Sebastián piensa: "Y yo que le iba a hacer caso al Beto". Como el débil sol de marzo, Sebastián tiene dudas para enfrentar al mundo, para salir adelante, para brillar a pesar del mal tiempo.



EL ULTIMO REFUGIO

Caía la noche sobre la barriada y los muchachos salían de sus casas hacia el punto de reunión, un terreno baldío. Ya estaban casi todos cuando el jefe de "Los Pirañas", como se hacían llamar, le preguntó a uno de ellos con autoridad:

-¿Cuántos carrujos conseguiste, Pilo?

-Nomás tres, Seco, es que...

-Ta' bien, pero pa' la otra, me consigues más.

Entre todos, de los carrujos hicieron cigarros y empezaron a repartírselos. El último que llegó se dirigió directamente al Seco para informarle:

-Por ai' anda el Paisa. ¿Qué hacemos?

-Que ni se arrime, porque éste no es su territorio.

Efectivamente, cerca de allí andaba rondando el Paisa con unos amigos, buscaban a los demás, a "Los Corsarios"; se habían citado para ese jueves, dispuestos a extender sus dominios. El Paisa habló:

-Hay que conocer bien estos lugares.

-¿Y si nos salen Los Pirañas? -preguntó uno de los acompañantes.

-Pos' los enfrentamos, faltaba más -comentó el Paisa con toda la tranquilidad del mundo.

Por las calles de la colonia circulaban pocos vehículos, entre ellos una granadera. En las casas se oían las telenovelas y música colombiana.

Los Pirañas empezaron a disfrutar su "viaje". Entre ellos existe identificación y afecto, por eso se ayudan mutuamente. Se fueron haciendo amigos porque los identificaron los mismos problemas familiares: carencias, pleitos, separaciones. El último que se les había unido era el Pato, un chiquillo de doce años, quien llegó en ese momento:

-Oye, Pilo, ai' ta' el Paisa con sus cuates y a que no sabes, me dijeron que hace rato estaba platicando con tu morra.

El Pilo se enojó, sintió la boca seca y el corazón sonándole como tambor. Los demás reían y uno de ellos bailaba. El Seco se encontraba en pleno trance, creía que era un cuervo y le estaban dando ganas de volar.

-¡Mírenlos, ai' van los perros! -gritó el Pato, al tiempo que una piedra cayó cerca de ellos.

Siguieron recibiendo pedradas y algunos se percataron del ataque. Envalentonados, contestaron la agresión con otras piedras y se dirigieron hacia Los Corsarios para atacarlos corporalmente.

Entre la dura realidad y la fantasía producida por la marihuana, las bandas se enfrentaron. Entre piedras y árboles que su visión alterada veía caer, entre golpes e imágenes borrosas, sentían los pies como ruedas, hambre y ganas de vomitar. Llegaron los patrulleros y pescaron a unos cuantos, los otros corrieron a ocultarse tras una barda, en un lugar oscuro, o en el último refugio imaginable: su casa.

LA VISITA

Todo empezó hace dos años, cuando la seca taba bien juerte y no pudimos levantar nada de frijol. Yo veía que a mi compadre Facundo le había ido muy bien, traiba su camioneta del año y a su casa le hizo más cuartos. Me acuerdo como si fuera ayer, cuando jue a verme a la parcela pa' proponerme un negocio:

-Mira, Pedro, ya es justo que salgas de pobre.

-Pos' dime cómo le hicites tú, compadre -le dije medio intrigado.

-Es lo más sencillo del mundo, ya verás, nomás que tiene sus riesgos.

Mi compadre me lo advirtió, el negocito era fácil, pero había que andarse con cuidado y la verdá es que a mí me había ido muy mal. Ya ves que en los Estados Unidos me pescó la migra y me retacharon.

Luego acá, lo poco que cosechamos nos lo compran a como les da su gana, nosotros no podemos ponerle precio y, pos si no lo vendemos, ai' se nos queda y se nos echa a perder. Me acuerdo que mi mujer tenía harto miedo:

-No, Pedro, más vale ser pobres.

-Ah, qué mi vieja, no sea miedosa, ya verá, será por un tiempo y cuando estemos más o menos bien, nos retiramos de esto -le expliqué pa' calmarla.

-Es que no quiero que andes sembrando eso.

Y pos el problema no sólo jue sembrar la yerba, sino que a mí me empezó a gustar el dinero y lo malgasté sin importarme lo que sufrieran mi mujer y mis hijos. Yo antes no tomaba mucho que digamos y a luego me jui haciendo briago. Me gastaba todo el billete y no le daba a mi familia, les llegué a gritar y a pegar.

Estoy muy arrepentido de todo eso, pero ya no lo puedo arreglar. Mi mujer hasta lloraba, porque cuando íbanos pa'l pueblo nos señalaban y cuchicheaban, no sé cómo, pero la gente se enteró que sembrábamos mariguana. Al rancho jue a verme un primo, pa' advertirme:

-Ya salte de eso, Pedro, mira que te pueden pescar.

-Tú qué sabes, si me ha ido rebien -le contesté.

Y nunca me importaron los consejos ni las críticas de naiden. Hasta que me agarraron los judiciales que's que por delitos en contra de la salú. Por eso le cuento a usted, m'hijo, pa' que se ande con cuidado y no se deje engatuzar ni siquiera por los amigos. Qué bueno que vino a verme aquí al penal y mírese en este espejo, nunca haga lo mismo que hice yo, se lo digo por el bien de su familia y ora que se regrese pa' su casa, saludeme a su esposa y a mis nietos.

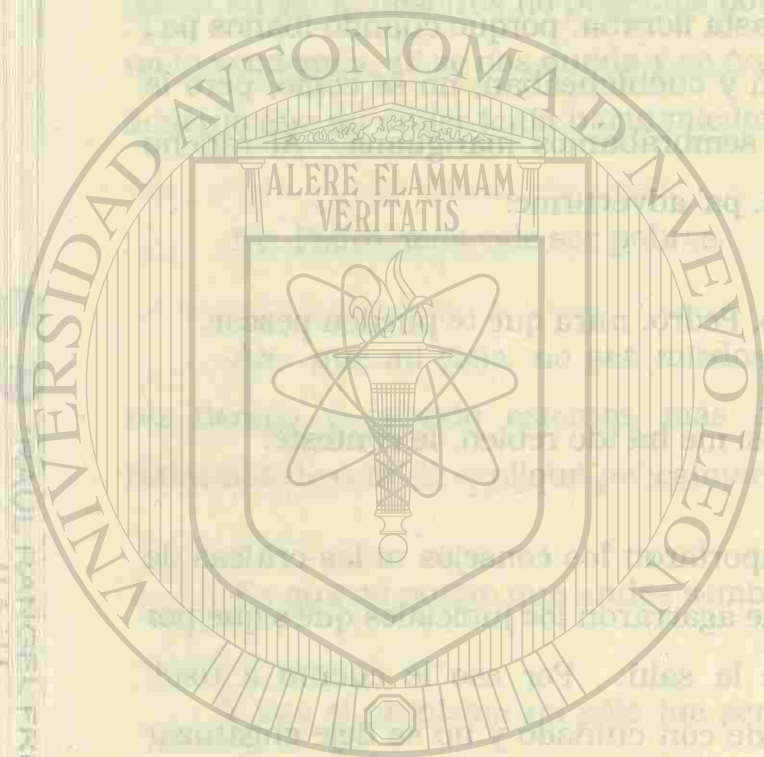
PARA OLVIDAR

A Miguel lo despertaron las voces de sus padres. Se estiró y se dio cuenta que no estaba soñando. No era la mejor forma para iniciar el día, pero ya estaba acostumbrado a esas discusiones.

El muchacho siguió la rutina para irse a la escuela. Después de bañarse y desayunar, se despidió de sus padres con tristeza, porque sentía que algo se desmoronaba entre ellos.

En el trayecto a la escuela, pensó si el amor era algo que se carcomía con el tiempo. Se imaginó el futuro, si al casarse tendría los mismos problemas de sus padres.

Durante las clases no pudo concentrarse bien, hasta le preguntaron sus amigos si algo le pasaba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

-Andas como ido, Miguel ¿qué te pasa?- le preguntó un compañero.

-Oye, sí, te ves agüitado- observó otro.

-No se preocupen, no es nada- se limitó a decir Miguel.

Regresó a su casa y encontró a su mamá muy preocupada; ella le contó que se fuera preparando para lo que le iba a decir.

-¿Qué ocurre, mamá?- preguntó Miguel angustiado.

-Tu padre y yo nos vamos a divorciar.

Un torrente helado sintió el muchacho recorrerle de la cabeza a los pies. Empezó a preguntarle a su mamá sobre los motivos de la separación sin encontrar respuestas satisfactorias.

Miguel casi no comió, por la tarde salió a vagabundear y se encontró con un amigo de la infancia, al que hacía mucho tiempo que no veía. Recordaron viejos tiempos y la plática terminó en una invitación. Miguel aceptó y se fue con el muchacho a la casa de otro amigo, donde se reunían varios muchachos a escuchar rock y a platicar.

Miguel se sintió incómodo al principio, pero aceptó esa simple compañía y probó algo por primera vez: un cigarrillo de mariguana. Aparentemente disfrutó esos momentos y se sintió mejor.

Al día siguiente por la tarde, su mamá le informó:

-Miguel, te llaman por teléfono.

-¿Quién?

-Gonzalo ¿quién es hijo?

Miguel no contestó. Era el amigo con el que había platicado ayer y con el que había fumado mariguana. Decidió mentir:

-Es un compañero de la escuela.

Y conversó tranquilamente contestando con monosílabos. Gonzalo lo invitaba para lo mismo el próximo fin de semana, con la diferencia de que ahora no sería gratis.

El sábado Miguel le dijo a su mamá que se iba a reunir con unos compañeros para estudiar. Salió de su casa con los libros bajo el brazo, con el dinero que le había pedido Gonzalo y con la falsa ilusión de olvidar los problemas de sus padres.

CELEBRANDO LA VIDA

Las luces de colores del árbol de navidad bailaban ante los ojos de Damián mientras sorbía el ponche preparado por su abuela. Su mirada se fue concentrando en una diminuta luz azul y, penetrando en ella, se sumió en los recuerdos de la Navidad anterior, cuando todos estaban. Ni siquiera escuchaba los gritos de sus pequeños hermanos, quienes jugaban en el jardín. Una ronca voz lo sacó de sus cavilaciones:

-Damián... Damián, te estoy hablando.

-¡Ah! ¿qué pasó, abuelito?

-Ayúdame a tu papá, tiene que bajar varias cosas del carro.

Cada Navidad se reunían en la casa de los abuelos maternos. Poco a poco llegaban los tíos y los primos.

Se quedaban casi hasta la madrugada; los niños pequeños se dormían y amanecían en sus respectivas casas, con los anhelados juguetes. En esta ocasión todo pretendía ser igual, pero la ausencia de Andrés haría que la celebración fuera distinta. Damián extrañaba a su primo, tenía tantas cosas que contarle, ahora que iniciaba sus estudios de preparatoria.

Damián no se atrevía a preguntar por él a sus tíos. Nadie hablaba de Andrés. Se sirvió la cena y la reunión transcurrió serenamente. Platicaron acerca del clima, sobre los adornos navideños y los lugares para visitar en la ciudad durante las vacaciones. Después, los hombres se pusieron a hablar de política y deportes en la sala; mientras las mujeres, en la cocina, comentaban sobre sus joyas y su maquillaje. La ausencia de Andrés flotaba en el ambiente como bruma densa.

Los primos, por su parte, se repartieron en dos bandos: los más pequeños jugaban Nintendo y los adolescentes veían la televisión. Damián pensó nuevamente en Andrés. Aunque éste estudiaba en colegio y sus padres le compraban todo lo que él quería, siempre se llevó bien con los demás primos, quienes se encontraban en condiciones económicas inferiores. La unión fomentada por los abuelos era un rasgo que distinguía a la familia. Pero los papás de Andrés no heredaron esa característica: Arturo viajaba constantemente a convenciones de trabajo y Carmen tenía muchos compromisos sociales.

Damián recordó las últimas veces que vio a Andrés. En una ocasión lo notó muy contento y desinhibido pero con los ojos llorosos. En otra, estaba violento. Recordó también cómo fue perdiendo peso y cuando sus padres tuvieron que recurrir a ayuda especializada.

La tía Carmen se acercó a Damián, rompiendo su meditación:

-Te manda saludos Andrés.

-¿Cómo sigue, tía? -preguntó el muchacho.

-Su recuperación es lenta, pero poco a poco se restablecerá definitivamente, nos lo aseguraron los doctores.

El diálogo fue interrumpido por el abuelo, quien los llamó para hacer el brindis de Navidad porque ya casi eran las doce de la noche. Era una tradición familiar: se llenarían las copas con licor o refresco, según el gusto y la edad; formarían un círculo y cada uno tomaría la palabra para expresar un agradecimiento o deseo.

Muy lejos, Andrés miraba la playa desde su estancia. Había encontrado calma en ese centro de rehabilitación. Recordó a su familia y el ritual navideño. Él también agradeció la ayuda que estaba recibiendo y expresó en silencio el deseo de no volver a usar cocaína. Andrés se unía por un hilo invisible a su familia, para agradecer y pedir, para amar y soñar, celebrando la vida.

POR LA PENDIENTE DEL HAMBRE

La chica se sirvió un tazón con nieve y se dispuso a ver la televisión:

-¡Mónica!, ¿estás comiendo otra vez?

-Sí, mamá, es que tengo mucha hambre.

-Mira, Mónica, debes cuidar la línea, si no, ¿cómo vas a tener novio?

La conversación entre madre e hija continuó, ante la burla del hermano menor y la presión del padre, quien opinaba que la muchacha podría tener otra figura. A Mónica no le incomodaba tener algunos kilos de más, pero al paso del tiempo sus intereses cambiaron. Un día, platicaba con una de sus compañeras:

-Estoy haciendo la dieta de la luna.

-¿Qué es eso?

-Mira, tomas solamente líquidos desde que entra la luna llena y le sigues durante veinticuatro horas.

-Ten cuidado, Mónica, no vayas a pasar hambre - aconsejó su amiga.

-No, yo estoy dispuesta a sacrificarme por tener una buena figura y si no me funciona esa dieta, pruebo otras; tengo que limitarme en las comidas.

Los cambios en Mónica se hicieron notar, pero tenía que estar en constante preocupación por adelgazar y padecer hambre con tal de ser aceptada socialmente. Ya en la preparatoria empezó a probar otras opciones. El camino para lograr la esbeltez se alzaba ante Mónica como una cuesta difícil de escalar. Una tarde, en la cafetería de la preparatoria, una compañera le mostró un anuncio del periódico, que resaltaba a la vista: "Adelgace rápido, sin pasar hambre".

-Mira, Mónica, ¿por qué no llamas?

-No sería mala idea, ya que la última dieta que hice no me funcionó.

Mónica adquirió las pastillas anunciadas y comenzó una nueva aventura en su afán por adelgazar. Al parecer, todo estaba funcionando bien, la joven bajó muchos kilos y usaba ropa con dos tallas menos. Su aspecto cambió y las invitaciones a fiestas y bailes se multiplicaron.

-¡Estás irreconocible, pasa la receta! -le dijo un día una amiga.

Mónica nunca imaginó los peligros de usar anfetaminas, ascender por la pendiente del hambre requería mayores esfuerzos, no sabía dónde terminaba la rampa, tal vez la haría desfallecer y rodar hasta un paraje de molestias y enfermedades.

Una noche, Mónica tuvo que ser hospitalizada. Su respiración y su ritmo cardiaco estaban alterados. Pasó algunos días en la clínica y su restablecimiento sería lento, ya no debía consumir anfetaminas. Su madre cambió de opinión:

-Te queremos tal como eres, ya no permitiré que sufras con dietas y pastillas. Lo mejor es que te lleve con un nutriólogo.

Ahora, tenía que comprender que la figura no era importante para ser aprobada por los demás, aunque esto significara otra cuesta que escalar: la de la aceptación de sí misma.

SALIR DEL TÚNEL

Cuando su padre perdió el empleo, Claudia empezó a caminar por un túnel oscuro. Primero fue el desequilibrio económico de sus padres y luego el emocional, lo que comenzó a afectarla. Después, nuevas responsabilidades y experiencias la abrumaron.

Ella procuraba ser buena alumna e hija, pero ahora su mamá la regañaba por todo y poco a poco le fue dando tareas que antes no tenía, como cuidar a sus hermanos más pequeños por las tardes. Su padre salía todo el día a buscar trabajo y su madre entró a laborar en una tienda; se iba al mediodía, cuando sus hijos llegaban de la escuela.

En cierta ocasión, Claudia se molestó mucho por el comentario de su padre:

-Hija, creo que vas a tener que colaborar con el gasto de la casa.

Una noche, Mónica tuvo que ser hospitalizada. Su respiración y su ritmo cardiaco estaban alterados. Pasó algunos días en la clínica y su restablecimiento sería lento, ya no debía consumir anfetaminas. Su madre cambió de opinión:

-Te queremos tal como eres, ya no permitiré que sufras con dietas y pastillas. Lo mejor es que te lleve con un nutriólogo.

Ahora, tenía que comprender que la figura no era importante para ser aprobada por los demás, aunque esto significara otra cuesta que escalar: la de la aceptación de sí misma.

SALIR DEL TÚNEL

Cuando su padre perdió el empleo, Claudia empezó a caminar por un túnel oscuro. Primero fue el desequilibrio económico de sus padres y luego el emocional, lo que comenzó a afectarla. Después, nuevas responsabilidades y experiencias la abrumaron.

Ella procuraba ser buena alumna e hija, pero ahora su mamá la regañaba por todo y poco a poco le fue dando tareas que antes no tenía, como cuidar a sus hermanos más pequeños por las tardes. Su padre salía todo el día a buscar trabajo y su madre entró a laborar en una tienda; se iba al mediodía, cuando sus hijos llegaban de la escuela.

En cierta ocasión, Claudia se molestó mucho por el comentario de su padre:

-Hija, creo que vas a tener que colaborar con el gasto de la casa.

-Pero papá, ya pasé el examen de admisión de la prepa y quiero echarle muchas ganas al estudio; si trabajo, no tendré tiempo para las tareas -replicó.

-¡Bien sabes que no nos alcanza el dinero! ¡No seas inconsciente, eres la mayor y debes ayudarnos! -expresó el padre elevando la voz.

Claudia no podía comprender los razonamientos de su papá, así que se retiró a su recámara, donde lloró largo rato.

El ingreso familiar era raquíutico y Claudia tuvo que conseguir empleo de medio tiempo en una nevería. Entre la agresividad de su padre y la pasividad de su madre, Claudia resistía su desdicha:

-¿Qué horas son éstas de llegar?

-Papá, es que hicimos el corte del mes y se nos juntó mucho trabajo.

-Vete a tu cuarto y que sea la última vez que regresas tarde.

Claudia no cenó y lloró amargamente hasta quedarse dormida. Los meses pasaron y las cosas seguían igual. Su única motivación era Alejandro, cuya compañía la hacía olvidar los problemas familiares.

Una noche Claudia descubrió que su mamá tomaba pastillas para dormir, así que empezó a consumirlas con el mismo fin. Su relación con Alejandro parecía estable, hasta que un día descubrió que él estaba saliendo con otra muchacha. Ante la decepción, Claudia aumentó la dosis de pastillas y los malestares no se hicieron esperar.

-He notado a Claudia algo pálida -comentó el papá.

-Además duerme mucho últimamente, yo creo que le faltan vitaminas -se limitó a decir su esposa.

Claudia llegó a caerse por pérdida del equilibrio, se volvió irritable y hostil. Sus padres descubrieron que se había vuelto adicta a los barbitúricos. El hecho los dejó consternados, hablaron largamente y se sintieron muy mal por la situación de su hija. De inmediato buscaron atención médica para Claudia. Afrontaron la obligación de hacerla salir del túnel en el que caminaba y que, de algún modo, la habían empujado a recorrer.

CAFÉ A DESTIEMPO

Manuel y sus amigos discutían la forma de preparar sus exámenes:

-Oigan, es mucho lo que vamos a estudiar -les dijo.

-Y aparte los trabajos que debemos entregar -observó Enrique.

-No nos va a alcanzar el tiempo -opinó Fernando a la vez que veía los horarios de la semana de exámenes.

-Ni modo, Fer, tendremos que desvelarnos -concluyó Manuel.

Los muchachos caminaban rumbo a sus casas, después de salir de la secundaria. Se sentían abrumados por el período de exámenes que se avecinaba. Uno de ellos comentó que su hermano mayor, quien estudiaba en la Facultad de Medicina, tomaba café.

Otro comentó que no le gustaba el café y que, por lo tanto, no lo bebería. Era la una de la tarde y hacía calor; Manuel llegó a su casa, su madre lo recibió:

-¿Cómo te fue en la escuela, hijo?

-Bien, pero ya empiezan los exámenes semestrales y tenemos mucha tarea -se quedó pensando y luego agregó-. Oye, mamá, dicen que el café es bueno para desvelarse estudiando, ¿tú qué sabes?

-Creo que sí, pero ándale, es hora de comer.

La mamá de Manuel no le dio mucha importancia al asunto y no pensó que su hijo tendría problemas a consecuencia del café.

Llegó la primera noche de estudio y Manuel preparó agua caliente para tomar la primera taza de café instantáneo. Ordenó sus fichas de exámenes y se dispuso a estudiarlas. Una tras otra, las tazas desfilaban de la cocina al escritorio de su cuarto.

Manuel presentó el primer examen y pensó que tendría mucho tiempo para realizar los trabajos y seguir estudiando, pero después de la comida le dio mucho sueño y durmió casi toda la tarde. Su mamá le sugirió:

-¿No sería conveniente que mejor hicieras todas las tareas en la tarde y no te desvelaras?

Lo que hizo el muchacho fue alterar su ciclo natural de sueño y el esfuerzo por estudiar fue mayor; además, le quedó el gusto por el café, así que almorzaba acompañando los alimentos con esta bebida y algunas veces lo hizo en las cenas.

Los papás de Manuel se percataron del hábito y consideraron que para un adolescente no era bueno tomar mucho café. Hablaron con él, pero Manuel se resistía:

-El abuelo siempre ha tomado café y nunca se ha enfermado.

-Hijo, estás en pleno desarrollo y lo mejor es que te alimentes bien y tomes otra clase de bebidas -replicó el padre.

-Pero, ¿qué me puede pasar?

Y lo que pasó fue que empezó a sentir ardor en el estómago y, para colmo, reprobó un examen, por lo que tuvo que considerar que el café no era un buen recurso para ser mejor estudiante.

AGUAS CON LAS SODAS

La mañana era fresca y el calor del sol no reinaba aún sobre las banquetas. Las vecinas iniciaban su diario ritual de limpieza, maquillar el frente de la casa no sólo era un quehacer, sino una oportunidad para la convivencia, para compartir las luces y las sombras de cada día.

Silvia y Bertha se saludaron como todas las mañanas:

-¿Cómo estás Bertha?

-Pues aquí pasándola, sufriendo con los muchachos.

-¿Por qué?

-No tienes idea de la cantidad de refrescos que consumen. Almuerzan, comen y cenan con sodas y aparte toman en la escuela y cuando ven la tele.

-Dales aguas de frutas.

-No quieren, Silvia, ya se acostumbraron a las sodas...

La conversación siguió girando en torno al exorbitante consumo de refrescos, al gasto familiar consecuente y a la búsqueda de soluciones para resolver la situación. Después, cuando el sol empezó a calar, las buenas vecinas se despidieron para continuar con las labores del hogar.

Al mediodía, llegaron los tres hijos de Bertha; ésta les tenía preparada una desagradable sorpresa:

-¿Cómo les fue en la escuela? -les preguntó besándolos a cada uno-. Ya está la comida lista y les preparé una sabrosa y nutritiva agua de horchata.

Los niños protestaron pero terminaron tomándosela, a excepción del mayor, que ya estaba en la secundaria:

-Mamá, yo no me gasté todo el dinero en la escuela, así que voy a comprar una soda -declaró.

-Eso sí que no, se trata de que consuman alimentos más sanos.

-Entonces, voy a tomar agua -dijo con indiferencia el jovencito.

Durante las vacaciones de verano, el consumo de líquidos en la familia aumentó. Bertha no pudo cambiar totalmente el hábito de los refrescos. Cierta mañana, el hijo más pequeño se sintió mal; Bertha y su esposo lo llevaron al pediatra y éste les dijo que el niño presentaba cafeinismo, es decir, que estaba habituado al consumo excesivo de refrescos, café, té o chocolate. En el caso del hijo de Bertha, lo que más consumía era refrescos.

Tiempo después, una mañana que Silvia y Bertha[®] barrían:

-¿Cómo estás Bertha?

-Bien, fijate que poco a poco les he ido quitando a los niños el hábito de tomar refrescos...

La plática continuó hasta alrededor del tema de los refrescos, de la buena alimentación y el cuidado de los hijos. Luego, cuando el sol empezó a molestarlas, las buenas vecinas se retiraron a sus casas para continuar con sus tareas.

RECICLANDO LA VIDA

Sólo se vive una vez.
Mónica Naranjo

La vida es un proceso continuo de situaciones opuestas: amor y odio, triunfo y derrota, calma y tormenta... Así fue la vida de la *heroína* de esta historia, quien después de verse envuelta entre las tinieblas del vicio, se levantó luminosamente y el brillo de su ejemplo llegó a cubrir al planeta entero.

Lupita era una niña inteligente y aplicada, pero tenía el defecto de no saber elegir a sus amistades, por lo que Erika y Gerardo, la iniciaron desde la escuela primaria en el ancho camino de las adicciones, primero fueron chocolates y refrescos; luego café, té, cigarros y cerveza; más tarde anfetaminas e inhalantes. Para este momento ya cursaba la preparatoria.

-¿Cómo estás Bertha?

-Bien, fijate que poco a poco les he ido quitando a los niños el hábito de tomar refrescos...

La plática continuó hasta alrededor del tema de los refrescos, de la buena alimentación y el cuidado de los hijos. Luego, cuando el sol empezó a molestarlas, las buenas vecinas se retiraron a sus casas para continuar con sus tareas.

RECICLANDO LA VIDA

Sólo se vive una vez.
Mónica Naranjo

La vida es un proceso continuo de situaciones opuestas: amor y odio, triunfo y derrota, calma y tormenta... Así fue la vida de la *heroína* de esta historia, quien después de verse envuelta entre las tinieblas del vicio, se levantó luminosamente y el brillo de su ejemplo llegó a cubrir al planeta entero.

Lupita era una niña inteligente y aplicada, pero tenía el defecto de no saber elegir a sus amistades, por lo que Erika y Gerardo, la iniciaron desde la escuela primaria en el ancho camino de las adicciones, primero fueron chocolates y refrescos; luego café, té, cigarros y cerveza; más tarde anfetaminas e inhalantes. Para este momento ya cursaba la preparatoria.

Se dio cuenta que los pasatiempos de sus amigos no eran nada buenos, ya que empezó a sentir **Efectos Físicos** indeseables, por lo que decidió visitar al Dr. Balt Kilmer, quien la desintoxicó, la puso a hacer aeróbic y hasta le consiguió chamba en el Programa de Informática Educativa Nuevo León.

Dispuesta a enmendarse, trabajó con ahínco, pero la vida da vueltas y Lupita reincidió. Se lanzó como pequeña empresaria y estableció una tlapalería, la cual llamó "El Pegue". Su principal socio fue Richard Scissorhands. En realidad, su negocio era clandestino, ya que desde ahí se desprendió una poderosa red de distribución de inhalantes, llegando a ser conocida hasta por internet. La nueva actividad le trajo como consecuencia serias **Implicaciones Legales** y el Procurador Pablo -Chapa Bezanilla no, el de nosotros- la arrestó, juzgó y condenó, enviándola a las Islas Marías. Ahí le encomendaron la tarea de arreglar todas las Máquinas Simples descompuestas.

Hastada de comer todos los días Sopa de letras y de resolver Crucigramas por las tardes, decidió escapar y las **Consecuencias Sociales** para el país fueron desastrosas, ya que se convirtió en la mujer más buscada por la CIA, la DEA, el FBI y el PIE (porque dejó unas traducciones pendientes).

Con esto, sufrió delirios de persecución y otros **Daños Psicológicos**, por lo que cayó en manos del destacado psiquiatra John Malkovich, quien le elevó la autoestima y hasta le dio un curso de creación y crítica literarias.

Ya compuesta de una vez y para siempre le dijo Sí a la Orientación Vocacional y buscó entre las **Instituciones de Apoyo** una que la hiciera reivindicarse ante el planeta. Así que decidió ingresar al Monasterio de los Informáticos Descalzos, estando al cuidado de Fray Fernando.

Sus avances fueron tan rápidos que pronto se convirtió en Madre Superiora y su labor fue tan grande en pro de la rehabilitación de drogadictos que ganó el Premio Nobel de Paz por terminar con el tráfico de drogas y el terrorismo y posteriormente, obtuvo el Premio Nobel de Economía por reciclar a todos los viciosos del mundo, comenzando por sus amigos de la infancia, quienes la iniciaron en las terribles y temibles adicciones.

Aunque la vida es injusta, Lupita supo reciclarla y dar un extraordinario ejemplo de fuerza de voluntad.

LOS LENTES MAGICOS

Cuando la maestra terminó de darles las fórmulas para obtener el perímetro y el área de los cuadrados, rectángulos, rombos, triángulos y círculos, Armandito se sintió atormentado. Le dio más hambre de sólo pensar que tenía que resolver el laboratorio de diez problemas que la maestra les había encargado.

A la hora de comer, su mamá lo notó muy serio y pensativo, pero imaginó que pronto se le pasaría, que tal vez el niño estaba así porque era lunes.

Armandito sentía que estaba en problemas, así que le habló a Martín, el más inteligente del salón, pero no estaba, porque en las tardes tomaba clases de guitarra. Llamó a Ruth, pero esta le dijo que no pensaba hacer nada hasta que llegara su papá del trabajo para que le ayudara. Intentó resolverlos, pero ni siquiera sabía interpretar las fórmulas, para él las figuras geométricas eran un invento más de los profesores. No tuvo más remedio que dirigirse al parque del barrio, para refrescar su mente.

Se acercó a la fuente seca, porque el agua estaba muy escasa en la ciudad y se sentó colocando los pies hacia dentro. Fue entonces que sintió que crujía algo bajo sus zapatos, tal vez son cáscaras de cacahuete, pensó. Su curiosidad lo hizo asomarse y descubrió que eran unos extraños lentes: pequeños, oscuros, como de extraterrestre.

Los tomó y se los probó. Primero vio todo igual pero después sintió un escalofrío en la espalda. Los colores de todo lo que veía empezaron a cambiar. De pronto, todo volvió a la normalidad con la excepción de que algunas cosas tenían el contorno de un intenso color verde láser.

Armandito saltó con temor hacia afuera de la fuente y descubrió con asombro lo redonda que era, gracias al contorno verde láser. Miró hacia abajo y vio todos los cuadrados perfectos del adoquín. Ya no sintió miedo y empezó a caminar. Observó que los asientos y respaldos de las bancas eran rectángulos. ¡Qué divertido es todo esto! pensó emocionado y corrió hacia el área de juegos.

Nuevamente encontró formas geométricas en todo: rectángulos en la escalera de la resbaladilla y el pasamanos; cuadrados en los asientos de los columpios; un triángulo en el subibaja, en la parte descendente; un círculo en el volantín y, por último, un rombo entre dos árboles cuyos troncos se unían abajo y cuyas ramas se tocaban arriba.

La emoción de Armandito se desbordó de tal manera que lo hizo trepar por la escalera de la resbaladilla y lanzarse por ella levantando las manos y gritando, pero en eso, un aire arremolinado le arrebató los lentes y se los llevó desapareciéndolos en el ancho, enorme y amorfo cielo.

La sonrisa de Armandito se derritió, ya no tendría los lentes mágicos; agachó la cabeza y miró hacia abajo, pensando despacito levantó la vista y volvió a sonreír. ¡Ya no los necesitaba!, podía ver las figuras geométricas en todas partes.

Contento se dirigió a su casa a resolver el laboratorio. Probablemente tendría errores al convertir las fórmulas a números o al multiplicar; pero eso no importaba por el momento, lo mejor, era que Armandito se había dado cuenta que las figuras geométricas no eran un invento de los profesores, sino que estaban en todas partes y que era muy útil conocerlas, para dibujar bien y para construir las cosas.

LOS PROBLEMAS DE CINTHIA

El sol serpenteaba por los tejados de Sumatitlán, empezó a tomar las ventanas por asalto y a penetrar en las blancas casas de teja roja. Cinthia lo sintió posarse sobre sus ojos como una mariposa tímida, despertó y estiró sus piernas y brazos; no tenía por qué apurarse, los sábados en la mañana tienen un encanto especial para los niños y Cinthia no es la excepción.

Después de bañarse y vestirse a su gusto, desayunó con toda la familia. Su mamá le avisó que tendría que ir al mercado a comprar verduras para la comida.

La niña recorrió con desenfado las dos cuadras que distan de su casa al tianguis y sacó la lista del mandado. Observó los letreros de los precios:

jitomate \$ 7.00 kg.

lechuga \$ 2.50 pza.®

papa \$ 4.50 kg.

zanahoria \$ 1.80 kg.

limón \$ 3.50 kg.

cilantro \$ 0.50 kg.

Compró kilo y medio de tomate, una lechuga, medio kilo de papa, medio kilo de zanahoria, un kilo de limón y medio kilo de cilantro. Sacó su pequeña libreta y su lápiz y empezó a hacer cuentas; no deseaba que la hicieran tonta.

¿Cuánto gastó Cinthia? ¿Si pagó con un billete de \$ 50, cuánto le sobró?

Después de comer y disfrutar de una deliciosa y nutritiva ensalada, Cinthia se puso a jugar con sus muñecas, pero más tarde su mamá la involucraría en nuevos problemas. Le anunció que acababa de terminar un pastel de zanahoria y que necesitaba su ayuda para repartirlo entre toda la familia.

El pastel habría de ser dividido entre 6 personas, el papá, la mamá, Cinthia, sus dos hermanos y la tía Julia que llegaría a visitarlos en cualquier momento como todos los sábados.

La niña se enfrentó a la redondez del pastel. “¿Cómo le haré? Se supone que soy la mayor y la más lista” se dijo.

¿Qué debe hacer Cinthia para que las raciones de pastel sean equitativas?

Cinthia resolvió el nuevo problema diciéndose: “Primero lo parto a la mitad, y luego a cada mitad la divido en tercios, así obtendré seis raciones”.

¿El procedimiento de Cinthia es el correcto? ¿Hay otras opciones?

Feliz por su hazaña, la chiquilla se dirigió a la puerta porque alguien tocaba. Era la tía Julia, quien la saludó con mucho afecto. Sus hermanitos Mario y Humberto, también la saludaron y por fin se reunieron todos en la sala.

La mamá de Cinthia declaró que ya era hora de merendar. Pasaron al comedor y allí sirvió el pastel de zanahoria y una rica limonada. La tía Julia dijo que no deseaba pastel ya que se había puesto a dieta, que sólo tomaría limonada. Cinthia se molestó ante la novedosa actitud de su tía y pensó: "De haber sabido parto el pastel en quintos, cómo le voy a hacer para repartir la última ración". La solución ante el nuevo problema la resolvió Mario al determinar que él se comería la ración de su tía. "No es justo" pensó Cinthia, "yo fui la del trabajo y éste va a alcanzar más". Pero no debía protestar, tenía fama de ser una niña muy correcta y podía quedar mal ante su, por el momento, desconsiderada tía.

**¿Cuántos sextos de pastel comieron los tres hermanos?
¿Si los conviertes a tercios, cuántos son? ¿Qué fracción
del pastel comieron los papás?**

Después de la merienda, se fueron todos a la feria del pueblo. "Ahora sí me olvidaré de pensar y hacer cuentas" pensó Cinthia pero no fue así.

El sol se alejaba por los verdes y bajitos cerros de Sumatitlán. Las luces de la feria comenzaban a brillar. El papá de Cinthia dijo: "Ve con tus hermanos a los juegos, tu tía y tu mamá van a jugar a la lotería y yo al tiro al blanco". En ese momento le dio a Cinthia una reluciente moneda de veinte pesos y la niña obedeció. Caminó un poco con sus impacientes hermanos y vio que los caballitos costaban \$ 1.50, la rueda de la fortuna \$ 2.00 y las sillas voladoras \$ 2.50. "Oh, no" pensó Cinthia "tendré que multiplicar y luego restar cuando me den el cambio".

¿Si los tres se suben una vez a cada juego, cuánto gastan en cada juego y cuánto en los tres? ¿Les sobra dinero? ¿Cuánto?

Al momento de llegar a las sillas voladoras, Mario comentó que no se subiría porque le daba mucho miedo. "Perfecto" se dijo Cinthia "yo me subiré dos veces y será mi venganza contra Mario por haber alcanzado más pastel".

Ya de noche, cuando encaminaron a la tía Julia y llegaron a su casa, Cinthia pensó: "Mañana, después de misa, me encerraré en mi cuarto a oír música y ver la tele, así no pensaré en sumar, restar, multiplicar o dividir"

UN LUGAR PARA EL DESENCANTO

La chica vio entrar al hombre del saco gris que caminaba de prisa, contrariado y nervioso. Ella lo saludó amablemente y apenas recibió respuesta. El hombre observó el tablero de las comidas y sin tardarse mucho pidió el paquete número tres.

-Se tarda cuatro minutos, ¿puede esperar?

El hombre hizo un ademán con las manos y aceptó.

-Son diecinueve noventa -declaró la muchacha y después que el hombre pagó dijo- Yo se lo llevo a la mesa, si gusta sentarse.

El hombre vio que el lugar estaba vacío, así que podía darse el lujo de escoger cualquier mesa. Miró su reloj y se preguntó "¿Qué nadie come a esta hora?". Se sentó a la mesa del centro, frente al ventanal que daba a la avenida.

¿Si los tres se suben una vez a cada juego, cuánto gastan en cada juego y cuánto en los tres? ¿Les sobra dinero? ¿Cuánto?

Al momento de llegar a las sillas voladoras, Mario comentó que no se subiría porque le daba mucho miedo. "Perfecto" se dijo Cinthia "yo me subiré dos veces y será mi venganza contra Mario por haber alcanzado más pastel".

Ya de noche, cuando encaminaron a la tía Julia y llegaron a su casa, Cinthia pensó: "Mañana, después de misa, me encerraré en mi cuarto a oír música y ver la tele, así no pensaré en sumar, restar, multiplicar o dividir"

UN LUGAR PARA EL DESENCANTO

La chica vio entrar al hombre del saco gris que caminaba de prisa, contrariado y nervioso. Ella lo saludó amablemente y apenas recibió respuesta. El hombre observó el tablero de las comidas y sin tardarse mucho pidió el paquete número tres.

-Se tarda cuatro minutos, ¿puede esperar?

El hombre hizo un ademán con las manos y aceptó.

-Son diecinueve noventa -declaró la muchacha y después que el hombre pagó dijo- Yo se lo llevo a la mesa, si gusta sentarse.

El hombre vio que el lugar estaba vacío, así que podía darse el lujo de escoger cualquier mesa. Miró su reloj y se preguntó "¿Qué nadie come a esta hora?". Se sentó a la mesa del centro, frente al ventanal que daba a la avenida.

Había poco tráfico. Juntó sus manos apretándolas. Empezó a voltear para todos lados y al final se quedó viendo hacia el frente. Primero observó el carril lateral junto al restaurante, un camellón, tres carriles, una doble línea amarilla divisoria, otros tres carriles, otro camellón y otro carril lateral. Su vista se topó con un moderno taller mecánico cuyo nombre en inglés le recordó los avances del Tratado de Libre Comercio. En el camellón más cercano florecían bugambilias y se alzaban pequeños ficus, notó que el césped estaba amarillento y pensó en el calor del día. En el otro camellón había magueyes, palmitas y fresnos.

Se aflojó el nudo de su corbata azul a rayas y vio en una de sus manos el anillo de graduación; esto le hizo evocar sus tiempos de estudiante y cómo consiguió trabajo tan fácilmente hacía unos cinco años, recomendado por su padre. Ahora ya no contaba con su apoyo, porque había muerto.

Su mirada continuó por la limpia mesa, atravesó el vidrio de la ventana, continuó por la calle lateral y el primer camellón; se detuvo un momento en las bugambilias y brincó hasta el taller; ascendió hasta el cielo y vio como unas pequeñas y alargadas nubes flotaban desganadas; llegó hasta el borde superior de la ventana, trepó por la pared y se deslizó suavemente por el tirol del techo. La chica que atendía el restaurante lo miró extrañada y se interrogó: "¿Qué tanto le ve al techo?". Pero antes de que pudiera hacer conjeturas, el hombre movió la cabeza hacia abajo, dejando la vista ante el taller con un plano más cercano de bugambilias y otro más cercano aún, el del cristal. Entre los planos, esporádicos colores pasaban como ráfagas, los de los autos. La mirada del hombre viajó hacia la izquierda y observó una escuela de computación. Vio afuera a varios muchachos con libretas bajo el brazo, tal vez esperando el turno para entrar a clase. Nuevamente recordó cómo había encontrado trabajo al poco tiempo de haber concluido sus estudios, también recordó que durante sus primeros meses en la empresa, preguntaba por todo y hasta era tímido.

Qué diferencia ahora, que la experiencia de un lustro de labores lo había convertido en un hombre resuelto y con iniciativa.

Su vista regresó al taller y continuó ahora hacia la derecha, encontrando una construcción color ocre con cuatro locales; el primero era una papelería; después, una estética; en seguida, un expendio de helados y finalmente, una tienda de artesanías. Los árboles del camellón posterior no le dejaban ver lo que seguía y al terminar el cristal, la mirada del hombre se topó con pared, esquina y otros cristales; detrás de ellos había unas construcciones de plástico y madera para que los hijos de los clientes trepan, saltaran y resbalaran.

El hombre suspiró largamente y al agacharse vio su camisa blanca y fina, muy distinta a las primeras que usó en la empresa. Ésta era de prestigiada marca y cara; antes, ni imaginarse que la hubiera podido comprar.

Sonrió porque recordó sus aciertos en la empresa, cómo llamó la atención de los demás su disponibilidad, buen juicio y capacidad de liderazgo, características que le valieron su primer ascenso. Extendió sus brazos al frente y observó los puños de su pulcra camisa rematados con las elegantes mancuernillas de oro; había que lucirlas, en casa tenía tres pares más; no le gustaba gastar en eso, pero era el precio del status. Empezó a girar levemente sus brazos, admirando sus mancuernillas. La nueva situación en la empresa lo había preocupado desde hacía varias semanas. La chica que atendía el establecimiento y que ya preparaba la orden solicitada por el hombre, lo volvió a mirar asombrada y se preguntó: "¿Y ahora qué tendrá?".

El hombre miró su traje gris casi inconscientemente, sin reparar que en la solapa portaba el gafete de la empresa. Luego se inquietó, porque pensó que ya habían pasado los cuatro minutos de espera y volteó hacia el mostrador. La muchacha estaba preparando la orden y eso lo tranquilizó.

El hombre se dio cuenta que el establecimiento tenía música, era una estación de radio donde pasaban canciones en español; le pareció raro porque él nunca la escuchaba, siempre estaba pendiente de las noticias y prefería la música en inglés.

La chica llegó a su mesa y le sirvió la orden con una sonrisa:

-Buen provecho, señor -expresó.

-Gracias -se limitó a contestar el hombre.

Ante él estaba un emparedado de pescado con tomate y lechuga; un recipiente de cartón desbordándose de papas fritas y pequeños sobres de mayonesa, mostaza, salsa catsup y sal. No disfrutó el sabor de la primera mordida, porque estaba viendo ahora las ráfagas de colores, le pareció que eran más. De pronto, una de esas ráfagas, un jetta verde, frenó repentinamente en el carril lateral junto al restaurante.

El hombre observó que había un pequeño bache y por eso el auto se detuvo, sacándole la vuelta. Recordó que la ciudad tenía muchos baches, aunque en ese sector privilegiado, procuraban repararlos casi de inmediato.

La vista del hombre avanzó hacia adelante, encontrando el taller; se movió hacia la izquierda, pasando por la escuela de computación y siguió, descubriendo una sucursal bancaria. Aunque apenas estaba percibiendo el sabor del filete empanizado de pescado y del tomate, un sentimiento amargo lo invadió, porque asoció el banco con la idea de que mañana tendría que hacer varias operaciones financieras. Su mirada ascendió y encontró un pedazo de cielo que las nubes habían dejado al descubierto. Cielo o algo parecido era lo que necesitaba el hombre, despejar la maraña de nubes en su cerebro por la incertidumbre que le provocó esa misma tarde el documento que su jefe le entregó: algo que nunca habría imaginado.

Condimentó las papas fritas con salsa catsup. El color rojo sobre las pálidas papas causó un efecto impresionante en el hombre, fue como si una chispa de alegría irrumpiera en su tristeza. Sonrió, porque pensó, que vendrían tiempos mejores, donde una luz abatiera su oscuro presente.

Los coches seguían pasando en ambos sentidos. Colores en movimiento, remolino visual ante los ojos del hombre frente al ventanal. Otra vez el bache, en el carril lateral junto al restaurante, hacía detenerse, frenar y alterar el movimiento de los carros. El hombre había notado eso con más claridad, el bache era un obstáculo, como la situación laboral que hoy estaba enfrentando. Este bache moral era más grande y no sabía cuando saldría de él, pero el bache de la calle, lo olvidaría; lo distraían tantas cosas: el taller, las bugambilias, los locales comerciales, las nubes, la escuela de computación, los fresnos...

Mientras sorbía lentamente su refresco, la sirena de una ambulancia llamó su atención y volteó hacia uno y otro lado de la ventana para buscarla y así la vio pasar de izquierda a derecha, por el tercer carril central.

A su paso, los coches que viajaban en el mismo sentido, disminuyeron su velocidad; como si una parvada, respetara el vuelo de un ave superior al conjunto y la dejara pasar. El sonido de la sirena le causó desagrado, para el hombre significaba un mal augurio y, en el difícil momento por el que pasaba, era una quejumbrosa voz que se escurría, dejándole una áspera sensación.

El hombre decidió agregarle mayonesa a la mitad de emparedado que le quedaba. No sabía por qué lo estaba condimentando si realmente no disfrutaba el sabor de la comida; estaba pensando en tantas cosas, que apenas coordinaba los movimientos entre comer y beber.

Recordó el rostro de su jefe, las explicaciones inútiles, tantas vueltas que le dio al asunto. En realidad, sentía que su jefe lo apreciaba, pero lo que estaba pasando en la empresa era superior a cualquier clase de afecto.

Mientras engullía alternadamente las papas con catsup y el resto del emparedado el hombre notó que las nubes se habían ido y aparecieron ante su mirada unos cerros verdosos y más atrás, la sierra silente y azul. Dejó de comer para observarlos bien, se estiró hacia un lado y hacia otro. La chica del restaurante seguía viendo al hombre y le comentó a uno de los empleados de limpieza:

-Míralo, se me hace que no está bien de la cabeza.

-Hay tanta gente rara ahora -opinó el empleado.

Un auto rechinó al frenar ante al bache y el ruido sacudió al hombre frente a la ventana, dejando de disfrutar los colores de los cerros. Ese primer plano lo distraía de los demás, el hombre estaba deleitándose en los otros planos: le gustaba el color de los cerros, las bugambilias y los ficus. Tampoco quería mirar hacia el banco, le recordaba los trámites que haría mañana.

Su vista se centró ahora en los locales comerciales, vio que al expendio de helados entraba una mujer embarazada; le recordó a su esposa. Esto lo hizo sentirse muy mal, cómo le diría lo que había ocurrido esa tarde en la empresa. Al hombre se le hizo un nudo en la garganta y empezó a construir en su mente la forma en la que tendría que decirle a su mujer, las últimas noticias del trabajo.

Por el último carril central y de derecha a izquierda pasó una patrulla policiaca, dos policías en motocicletas, y siguiéndolos, una bicicleta, luego otra y otra. Un tropel de ciclistas avanzaba; los autos que circulaban en el mismo sentido de las bicicletas, disminuían su velocidad para no afectar a los deportistas. Los ciclistas siguieron pasando en grupos de tres, cuatro, dos y luego aislados, hasta que pasó el último y tras él, dos motocicletas y otra patrulla de seguridad. Un auto frenó bruscamente frente al bache, pero el hombre ya no lo observó; se había olvidado de ese plano, borrándolo de su mente.

Todo volvió a la normalidad, el hombre comió la última papa frita y se dispuso a descansar para ordenar sus pensamientos, mientras, a través de la ventana, las ráfagas de colores pasaban en ambas direcciones. El sol había descendido y ya se podía ver sobre el local de las artesanías; los colores de los cerros brillaban más ante el abandono de las nubes y el bache seguía haciendo detener o caer en él a los coches que circulaban por el carril lateral.

De nuevo, la vista del hombre se centró en el taller y vio cómo entraba en él un auto igual al suyo, un cutlass azul modelo 95. "Igual al mío", se dijo con el pensamiento, luego rectificó: "Igual al de la empresa". Sintió un leve dolor en el pecho y suspiró con dificultad: "¡Cómo me gustaba ese carro, con suerte tengo un golf en la casa". Puso los codos sobre la mesa y juntó sus manos, apoyó la barbilla en ellas y se sumió en un ánimo redondo y triste, como el sol escondido detrás de las ramas altas de un fresno. El hombre lo miró otra vez, así, entre el follaje del árbol, le pareció un girasol vencido y mustio. Extrañamente, le pareció que las bugambilias se marchitaban también.

La chica del mostrador empezó a sentir compasión por el hombre y especuló: "Está triste, a lo mejor tiene problemas familiares". El hombre volteó hacia la puerta, porque en ese momento escuchó las risas de dos chicos y una muchacha que traían libretas bajo el brazo. "Han de ser de la escuela de computación", sospechó el hombre y volvió a mirar al frente. Ahora lo distrajo la radio, él no escuchaba música en español, pero la canción se le hizo familiar, hasta que la identificó: "Penélope", sin embargo no era Serrat el que cantaba y se inquietó por no conocer al intérprete. Como si le hubiesen leído el pensamiento, la muchacha que pasaba detrás de él con la charola, le decía a sus compañeros:

-Oigan a Diego Torres, ¡me encanta!

-Esa canción está con ganas -complementó uno de ellos.

Y cuando iban a sentarse, el otro muchacho dijo:

-Aquí es el área de no fumadores, vámonos para allá.

Y se fueron, mientras el hombre consideró: "No han de conocer a Serrat". Recordó cómo le gustaba escucharlo cuando era niño y cómo tenía que hacerlo a escondidas porque su hermano era el que compraba los discos y no quería que nadie los tocara. Su mente se concentró en la letra de la canción, por sí misma le causó tristeza y más porque la asoció con una infancia segura y feliz, pero lejana. Las notas de la canción penetraban en su mente como pétalos caídos... No lo podía creer, pero los pétalos de las bugambilias y las hojas de los fresnos caían también; un remolino se alzó frente a su mirada, levantando polvo, papeles, hojas. La imagen de la ventana estaba cambiando. Un chevy morado frenó en seco frente al bache, tras de él un spirit negro hizo lo mismo pero lo alcanzó. El hombre no vio el percance porque se concentraba en el remolino y veía como pegaban en el cristal hojas y pétalos que le parecían marchitos al ritmo de la música de Serrat.

Unas raras nubes oscuras cubrieron los cerros y el sol se había escondido detrás del local de las artesanías. Los conductores de los autos se bajaron a discutir y a culparse mutuamente. Los dos eran jóvenes, uno vestía como deportista y el otro como para dirigirse a una fiesta. El hombre vio que de la papelería salían volando papeles y útiles escolares y de la estética, cabellos, peines y tijeras al tiempo que le dolía en el alma la imagen de Penélope sentada en la estación; el expendio de helados chorreaba hielo y nieve de colores mientras que el impecable taller se convertía en un mugriento local, brotándole grasa por todas partes. Los ocupantes de los vehículos en conflicto discutían:

-¡Mira lo que le hiciste a la defensa! -gritó el chofer del Chevy.

-¡Tan sólo es un rozón!, además tú tuviste la culpa, ¿por qué frenaste de repente? -contestó el dueño del spirit. ®

-Si frené fue por culpa del bache, tú debiste frenar también -contestó el del chevy y siguieron discutiendo.

El hombre siguió con sus imágenes y la canción de Serrat: vio que los árboles se deshojaban, los magueyes y palmitas se disparaban desenraizados; los objetos del local de artesanías salían a la calle y se hacían trizas mientras Penélope se enfrentaba a su antiguo enamorado. El banco ardía en llamas y el humo empezó a cubrirlo todo.

Los muchachos de los autos seguían discutiendo mientras eran observados ya por los empleados del restaurante.

-Bueno, hay que hablar a los ajustadores. Vamos aquí a que nos presten el teléfono - dijo el chofer del spirit, refiriéndose al establecimiento de comida rápida.

-¡Chin!, a mí se me olvidó el celular. ¡Ah, mira a ese tipo!, el que está en medio de la ventana; tiene que haberlo visto todo, está frente a nosotros, vamos a preguntarle quién tuvo la culpa -sugirió el joven del chevy.

-Primero, vamos a pegar los carros al camellón, no sea que venga tránsito y nos vaya peor, luego hablamos a los seguros y al último con ese señor, para que salgas de la duda, pero tú tuviste la culpa.

El conductor del chevy le hizo caso, mientras el hombre, indiscutible testigo para ellos, seguía en su trance. Sólo veía humo y ramas secas estrellándose contra el cristal. Imaginó la sonrisa de Penélope al no reconocer a su amante y observó que la ventana se llenaba de telarañas y se arrugaba crujiendo. Por último vió a Penélope vieja, petrificándose en la estación y entonces no pudo contener el llanto. La canción finalizaba cuando sintió una mano sobre su hombro izquierdo.

-Señor, usted puede ayudarnos -aseguró el muchacho del Chevy, que ya había hablado por teléfono.

De esta manera, el hombre volvió a la realidad. Miró al muchacho y luego a la ventana, sorprendido. Todo estaba en orden, como cuando llegó, a excepción del chevy y del spirit, estacionados frente a él; el cristal lucía impecable y pasaban anuncios comerciales en la radio. El conductor del chevy se quedó admirado ante la mudez y los ojos llorosos del hombre.

-¿Se siente mal? -le preguntó.

En eso, se acercó el otro joven, con el gerente del establecimiento, interrogando:

-Oiga, ¿verdad que él tuvo la culpa?

-No, tu venías muy recio y por eso me pegaste -señaló el otro conductor.

El gerente intervino:

-Señor, ¿podría sacar de la duda a estos jóvenes, ya que usted vio todo?

-¡Yo no he visto nada!, ¿de qué está hablando?

-Del golpe, señor, no se haga -dijo el muchacho del chevy.

-Es que yo no vi nada -aseguró el hombre.

-Pero, cómo no, si los carros están frente a sus narices - indicó el chavo del spirit.

Todos empezaron a presionar al hombre con preguntas y comentarios, hasta que éste gritó:

-¡Basta! -y después de una pausa, con voz quebrada continuó- Me acaban de reajustar en la empresa, no sé cuánto dinero me vayan a dar mañana y cuánto me vaya a durar; no sé si pueda encontrar trabajo pronto, mi esposa está embarazada y me aumentaron la mensualidad de la casa.

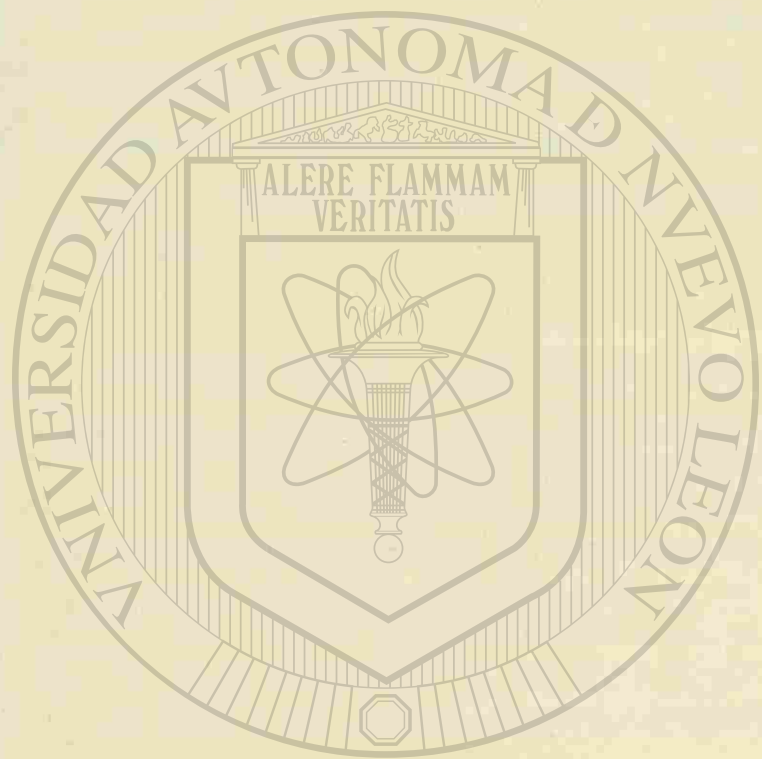
Al oír esto, la chica del mostrador se llevó la mano a la boca y se le crispó el rostro. Todos quedaron perplejos, hasta los estudiantes que estaban en la sección de fumadores. El hombre se levantó con la charola en las manos y volvió a hablar, pero esta vez dirigiéndose al gerente:

-Tengo tantos problemas y usted quiere que le resuelva esa insignificancia a estos juniors. Disculpen, pero no los vi, yo vine aquí, vaya ni siquiera tenía hambre, vine porque quería pensar, yo sólo buscaba un lugar, un lugar para tranquilizarme, para estar solo.

El hombre se dirigió hacia el recipiente de la basura, se detuvo un momento frente a él, se quitó el gafete y lo puso en la charola, arrojando el contenido al recipiente.

Salió a la calle y abordó un taxi.

“Cuentos para aprender y vivir” de Gerardo Guadalupe Leal Leal se terminó de imprimir en el mes de julio de 2004 con un tiraje de 1500 ejemplares en la Imprenta de la Universidad Autónoma de Nuevo León con la colaboración de la Preparatoria No. 21.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



También fue premiado en el certamen "Magisterio en el Arte", promovido por la Secretaría de Educación de Nuevo León.

Además se desempeñó como un entusiasta y convencido maestro de actividades culturales del Programa PACAEP de la Secretaría de Educación Pública y colaboró en el desarrollo de software educativo del Programa de Informática Educativa Nuevo León. Una calle de China, Nuevo León lleva su nombre y dos escuelas primarias de Monterrey hicieron lo propio para reconocer su vocación docente.

Su obra literaria ha sido publicada en diferentes periódicos, revistas y antologías.

Su primer libro póstumo, *No moriré del todo*, selección de poemas 1979-1985, fue publicado en la Escuela Normal "Miguel F. Martínez" y posteriormente se hizo una edición especial por parte de la UANL, a través de la Preparatoria 21. *Titirimundi*, segundo libro de poemas, también fue editado por la misma institución de educación media superior. La Presente edición pretende continuar la tarea de preservar las aportaciones de este talentoso escritor y, de esa manera, promover el rescate de los valores de la cultura regional del noreste mexicano.



UAN

ING. JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ TREVIÑO
RECTOR

DR. JESÚS ANCER RODRÍGUEZ
SECRETARIO GENERAL

DR. UBALDO ORTÍZ MÉNDEZ
SECRETARIO ACADÉMICO

LIC. ROGELIO VILLARREAL ELIZONDO.
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

ING. JERÓNIMO ESCAMILLA TOVAR
DIRECTOR DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

MC. JESÚS TIJERINA SALINAS
DIRECTOR DE LA ESCUELA PREPARATORIA N° 21